REBOLLEDO

EL ENEMIGO

ESTELA

NIKKO

RIMAS
JAPONESAS

PQ7297
.R314
E5

R. C.

1020028341

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

EL ENEMIGO.

EFREN REBOLLEDO.

EL ENEMIGO.

Spiritus quidem promptus
Est, caro vero infirma.

S. MARCUS.

EDICION DE LA "REVISTA MODERNA."

100205

MÉXICO
E. DUBLAN, IMPRESOR
1900

33818

PQ7297
.R314
E5

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

A Luis G. Urbina. A Jesús E. Valenzuela.

E. R.

M. 863
R.

I.

Lentamente se deslizaba el río, con perezas y movimientos de serpiente; con la superficie reposada, negra, sin una arruga, sin producir un solo ruido. El calor abrasante, el cielo sin una nube; ni una montaña en el horizonte, ni un árbol cerca ni lejos de fresca copa; y por todos lados una llanura ardorosa, inconmensurable. El sol arriba inmóvil, y las Horas muy lentas en su marcha, y volcando poco á poco y con indiferencia las urnas de tedio sacadas del río, en los labios y en la frente, en la cabeza y en los miembros de muchos hombres y mujeres de rostro pálido, sentados en las márgenes, con una sombra de atonía en los ojos, y el pensamiento ausente de imágenes y memorias.

País más horrible que el de la Locura; más cruel que el del Sufrimiento; por donde pasa todo el mundo; á donde van los neuróticos; donde sucumbe el débil. Porque cuando tu víctima es pusilánime, Monstruo desolador, la cansas en la lucha, la fatigas, la disgustas con tu aspecto de bestia repugnante, y como un tallo que se dobla, se hunde irreparablemente en tus aguas negras.

Respiras tu aire maléfico, y la frente que alcanza tu hechizo se frunce, la mirada se extingue, el pensamiento se nubla, el vigor dormita, el sér desfallece, hasta que la rebeldía sacude el espíritu y lo despierta del sueño en que lo tenía abismado tu fascinación.

Y Gabriel Montero era una de tus víctimas, impávido Inquisidor. Al pasar por tu orilla mil veces sufrió el maleficio de tus miasmas y se sentó en la arena, con la mirada fija en tu superficie inmóvil.

Pero se sublevaba contra tí y te vencía; llamaba en su auxilio á su aspiración y á su fe, á cuanto había en él de orgullo y de fuerza generosa, y salía de tus infernales dominios donde lo confinaba su fragilidad orgánica,

reconfortado, reuniendo fuerzas, acumulando energías y bendiciendo á la vida que es un talismán precioso, un don del cielo que trae la felicidad.

Entonces amaba la existencia y la miraba adorable, bella; la miraba á través de un prisma de optimismo que hacía ver todo rosa, y se sentía fuerte, se veía con vida y con tiempo para cultivar la dicha, sembrar esfuerzos, y después cosechar recompensas, goces y satisfacciones, servido y fortificado por su albedrío.

Miraba un fin en su camino, y henchido de un sentimiento de exaltación y exuberancia, á él dirigía sus anhelos, sin fijarse en los escollos que le obstruían el paso, volviendo su espíritu hacia el ideal brumoso, orientando hacia la lejana estrella sus pensamientos y sus ansias, el cuerpo todo en tensión, como un gran arco provisto de una gran flecha, que visa un punto remoto é imperceptible.

Armado de su juventud, y fiado en las energías y la virtud de la sangre, dedicábase á excitar y acrecer sus fuerzas, desdeñando en su pensamiento el triunfo fácil y la nimia satis-

facción por goces más elevados y duraderos.

Exprimiendo sus tendencias y facultades había extraído su mejor jugo, lo bueno solamente, la esencia, y arrojando y despreciando cuanto había de grosero y miserable, penaba queriendo labrar una copa donde verter el zumo celestial. Espoleaba su espíritu elevándolo de lo mezquino, haciéndolo desplegar las alas bajo cielos inundados de luz y horizontes deslumbradores; olvidado de lo material y extendidos los brazos hacia una visión blanca é impalpable, cuyo beso sería su recompensa y su delectación.

Y hacia allá iba, pero á veces veía el fin tan lejos que desmayaba; y entonces sentía las desgarraduras de sus pies, la sed, el desencanto, la fatiga de su cuerpo que consumía en la consecución del goce lejano todo el acopio de su noble savia; sentíase abatido, inerte, y veía que estaba en un error, pues su alma no era sólo aspiración ni su existencia ideal, sino lo grosero y miserable que era mucho, y lo superior y elevado que era el jugo solamente; reconocía que era una mezcla de todo aquello, que formaba la vida completa,

con sus instintos, sus esperanzas, su inteligencia, su virtud y sus vicios; que el sér no estaba formado sólo de lo espiritual, y temiendo volver al fastidio, buscaba la amistad y el amor, y todas las satisfacciones inmediatas y y fatales de los sentidos, como pequeños remansos por donde debía pasar y refrescarse, antes de llegar al término supremo de su aspiración.

II

Quiso tener un amigo, y fijóse en aquellos de modo de sentir semejante al suyo, como más aptos para labrar con su auxilio esa forma de amistad que había soñado, que conserva y fortalece el afecto como un ánfora los licores generosos; pero no lográndolo, habíase hecho huraño, y dedicádose á analizar el carácter de los que lo rodeaban; sintiendo una satisfacción acre, saboreando algo así como un cruel absintio cada vez que encontraba su observación en el fondo del espíritu sujeto á su estudio, y á través del agua más ó menos clara de educación y sociedad, el mismo asiento de rencor, el mismo poso de interés y de egoísmo.

No podía vivir la vida de los otros; no tenía sus gustos ni sus preocupaciones, y lleno de tristeza en su alma ingénitamente bondadosa, veía su vida estéril, sin un lazo ni un cariño; y en las noches, cuando caminaba pensativo por las calles bajo el frío y la melancolía luminosa del cielo, contemplaba desolado la luna, y quién sabe qué corrientes de simpatía y qué extraño parentesco hallaba entre aquel astro triste y solitario, sin árboles, ni agua, ni vida, y su alma sin afectos y sin amor.

Entregábase entonces al estudio, consagrábase al Arte; buscando en los libros la magia que en su derredor no encontraba; viviendo enclaustrado dentro de sí mismo; y poblando su mundo interior con los tesoros de sus sueños y de sus tristezas.

Mas cansábase pronto; contra su decisión y sus hábitos formados tras muchas decepciones rebelábase el Genio de la Asociación que vela en nuestros pliegues más íntimos, y buscaba el trato, el roce con todos, sediento de una gota de cariño, con la ilusión de recoger un grano de afecto, hasta que lo alejaba el fastidio, el cansancio de la conversación que llegaba á sus oídos como indistinto mur-

mullo, y volvía á su soledad, porque creia que sólo en el retraimiento y la meditación se descubren y forjan las virtudes ocultas, pues el mérito se forma y se conserva escondido, como el oro en las profundidades de la tierra y de las rocas.

Desconocíase á sí mismo; desconfiaba de su valer; su vida llena de amarguras recónditas no era fortalecida por el estímulo; y no obstante, aunque había perdido la fe de Dios y no la tenía en sus fuerzas, la tenía en el trabajo, y una esperanza hermosa, indestructible-perennemente joven, le mostraba con el brazo extendido, allá lejos, un término adonde debia llegar, impulsado por un espejismo brotado de sí propio.

III

Y en el desierto ardoroso y desolado de su vida, que una tenaz juventud calcinaba con sus rayos hirientes, era martirizado con un tormento más: debajo de las arenas caldeadas por tanto sol, debatíase incansable, eterno, forcejeando como un poseído el terrible Deseo; haciendo temblar su cuerpo como á la tierra un terremoto, ardiendo interiormente como un infierno de lava encandescida; retorciéndose en el fondo de su sér como un león enjaulado y con rabia; unas veces adormecido, sofocado otras, pero nunca muerto; haciendo notar su presencia cuando era olvidado, con zarpazos desgarradores, siempre alerta, siempre perturbador.

Tras algunos días de retraimiento, Gabriel salía á pasearse un rato por las avenidas, y

aunque su ánimo pasara puro y distraído ante las tentaciones, enrigideciase el deseo y brotaba la mirada codiciosa á sus ojos, que se deslizaban inquietos sobre las espaldas ceñidas, quemaban como una lumbre los cuellos, é iguales á un musgo aterciopelado y mordente, subían desde los diminutos pies, envolviendo los contornos de aquellas estatuas palpitantes.

Sus noches eran un hervidero de pesadillas sensuales: apenas se comenzaba á dormir veía en la sombra á una odalisca pellizcando las cuerdas de un arpa, miraba á mil cupidillos vertiendo perfumes en abrasados pebeteros, y al son del arpa saliendo de todas partes rondas de impuras mujeres: unas completamente desnudas, otras más inquietantes aún, cubiertas con velos sutiles como telas de araña, y todas perezosas, indolentes, provocativas, torciendo sus cuerpos en inverosímiles escorzos, desatadas las cabelleras, incitantes las bocas, coléricos los granates de los senos; bailando; incitando los apetitos, hasta que el despertar las hacía huir por entre las sombras cadereando.

Mas aquella lujuria era solo cerebral: en la prueba sucumbía su pobre cuerpo; como una zarza en el fuego retorcíase su débil carne en el espasmo; y después qué fatiga; cuánta laxitud, como si sus nervios se hubieran reventado. A la falta iba acompañado siempre el rencor, el disgusto, la náusea de sí mismo, el arrepentimiento de haber derrumbado en un instante lo edificado ya; pero aquello era ineludible: estaba hecha su vida de absolutas abstinencias y de caídas feroces, de las que salía agobiado, rendido el cuerpo hasta el agotamiento; pero el cerebro siempre en vela, trabajando clandestinamente, dando vuelta la fantasía á mil absurdas imágenes; en reposo solamente cuando lo absorbía el estudio, asociando la idea lasciva como sombra fatídica á todo pensamiento.

IV

Componíase la familia Medrano de Doña Lucía y sus nietas: tres vírgenos dulces y candorosas. De luto desde la muerte de su marido, dábale el color negro á la anciana cierto aire de distinción y de majestad. Era tranquila, dada á las prácticas devotas, y como todos los viejos, descuidada de lo presente y encerrrada en lo pasado, donde su memoria removía dormidos recuerdos.

Las tres nietas llamábanse Clara, Julia y Genoveva, por orden de edades, y todas eran apuestas y atrayentes por su sencillez.

La mayor, más en contacto con su abuela, á quien acompañaba en sus ejercicios piadosos, y naturalmente grave y reposada, vivía encerrada en un mundo aparte que le habían hecho el recogimiento y la religión.

Julia, de temperamento romántico y enfermizo, á todas horas llevaba en los labios el hilo azul de una canción, y en las noches, sentada al piano, tocaba, acompañando con su acordada voz el sonido de las teclas.

En cuanto á Genoveva, era aún una niña: todavía con el vestido alto; frágil y encantadora como una porcelana; de cabello castaño que caía en turbulentas hélices sobre sus hombros, y risas que resonaban como una gloria en el silencio de su casa.

Aquella familia era la que visitaba Gabriel.

De natural aislado y retraído, era aquel hogar tranquilo algo como un refugio en el desierto de su vida, estéril y monótona.

Encantábalo el aspecto de la casona vieja y destartalada donde las Medrano vivían; la candidez de sus costumbres; el hechizo fácil y agradable de las tres niñas vestidas modestamente y con tocado sencillísimo partido en mitad de la cabeza; regocijábalo la humilde sala amueblada con un ajuar de cojines con fundas de dril, adornada con lienzos al óleo embutidos en enormes cuadros de madera preciosa; y la alfombra raída y de colores

amortiguados, los colosales roperos de caoba de las recámaras, y los tápalos antiguos y multicoros puestos sobre el pupitre y la mesa de en medio; los cómodos canapés y los costureros de laca, y en el corredor los tiestos cuajados de flores; todo aquel interior grave, pero sereno, todo aquel ambiente lo atraía y convidaba á su espíritu lleno de invencible cansancio.

Allá se dirigía con toda puntualidad los jueves y los domingos, y cada vez era recibido con la misma sonrisa cariñosa por aquellas gentes, sanas de espíritu y de corazón.

Al principio tuvo muchos desencantos, y vió en el tren ordinario de aquella casa una monotonía más estéril y desolada que la de la calle; decepcionóse con tanta vulgaridad y desanimóse palpando una desconsoladora ignorancia; pero en cambio encontró aprecio; vió brotar á la primer palabra una corriente de simpatía, y á poco escarbar vetas preciosas de cariño y un terreno fértil, aunque inculto, que sólo esperaba la fecunda simiente y la mano directora.

Doña Lucía lo adoraba: colmábalo de pequeñas atenciones agotando todos los recursos para que no se le hiciera pesado el tiempo que pasaba con ellas, y en cuanto á las nietas, dominadas desde el primer momento, sentían por él indiscutible afección.

Cuando lo pedía se levantaba Julia é hiriendo el gastado marfil del piano, suspiraba querellosas canciones; y Genoveva lo idolatraba por los bombones que nunca dejaba de llevar.

Clara, siempre recogida en sí misma, sólo hablaba para responder; permanecía apartada de todos en un ángulo, con los ojos bajos, iluminado su rostro por una sonrisa inefable, absorta en no sé qué sueño interior.

Jamás le dirigía la palabra á Gabriel, pero cuando éste hablaba despertaba del sueño que la absorbía, y escuchaba atenta, con la barba apoyada sobre las manos.

Era reservada en sus emociones y avara de sus alegrías: si estaba contenta no eran ruidosos sus júbilos, continuaba callada y apenas si su mirada y su sonrisa eran señal de su exultación.

En las profundidades de su sér sentía una

vaga simpatía por Gabriel, que la hechizaba con sus palabras; lo escuchaba, pendiente de sus labios, y sólo si había que traer algún libro, ó hacer cualquier otro insignificante servicio, alzaba su rostro de las manos que dejaba caer, y se levantaba prestamente, manifestándole así su devoción.

V

Atraíalo Clara con fuerza irresistible.

Quizá por su retraimiento, acaso por su inocencia que la defendía como un escudo, tal vez también por la dificultad, pasó por el pensamiento de Gabriel la idea de aquel amor, primero por puro exotismo, trocóse en seguida en peligroso juego, y al fin convirtióse en verdadero amor, con todos sus tormentos y todas sus delicias.

Y ¿á qué se debió la metamorfosis? ¿por qué aquel sentimiento que no fué al nacer más que una fugitiva idea se complicó á poco en peligroso juego y al fin se manifestó con todos los tormentos y todas las delicias del verdadero amor?

El comienzo fué un abuso de superioridad:

complacíase Gabriel en atormentar á la pudorosa Clara no apartando de ella un momento la vista y sintiendo una oleada de satisfacción cuando la perseguida doncella alzaba los ojos para bajarlos luego, coloreada por el rubor, en tanto que ajaba con los dedos su falda de muselina. Veíala fijamente causándole verdadero martirio, obligándola á levantarse cuando detenía la mirada en su gracioso pie, alto de tarso y calzado en lustroso zapatito de charol. Sabiendo cuán callada era, le dirigía frecuentemente la palabra, y la respuesta, siempre tardía é insegura, halagaba su amor propio. Con la sangre fría que da la confianza en sí mismo, deleitábase en pulir intencionados piropos que le decía siempre oportunamente, y que como todas las rosas, tenían para ella la espina de la mortificación.

Pero á poco el malabarista perdió su aplomo; sus frases antes firmes titubearon, y quizá por este motivo y porque iba siendo sincero, Clara no le tenía rencor.

Y hasta aquel instante tuvo la ventaja el verdugo. Interesado en aquella lucha, exas-

peróse viendo retroceder el triunfo; irritóse de que el juego no pasara de allí, y de que Clara, reconcentrada en sí misma, no hubiese cambiado, sino siguiese siendo como antes, ni más alegre ni más adusta, con la misma misteriosa sonrisa que iluminaba la diafanidad de su rostro. Acostumbrado á ser dominador en aquella casa, asombróse de no haber vencido, y entonces fué cuando quedó preso en las propias redes que jugando había tendido.

Mas, ¿era sólo la resistencia de Clara la que lo atraía? ¿la amaba únicamente por los escollos con que había tropezado?

No, la amaba porque era bella.

Hasta entonces la miraba con atención: era pálida, de ojos verdes y atónitos, de cabello rubio, abundante y rizado, que caía de su cabeza como un haz de rayos de sol; de labios sinuosos y delgados, y tan blanca, que su sangre se veía azul á través de su epidermis. El color de su cuello traía á la memoria la médula de las cañas, perfumaba su aliento, y al entreabrirse su boca para hablar, sonaba melodiosa, como si una mano invisible acariciara el teclado de sus dientes, produciendo

armonías suaves como la oración y dulces como la miel. Sus manos aguzadas y transparentes eran un maná de consuelo, y en su blancor resplandecían las caricias como un manojo de resplandores....

Y siendo tan inocente y tan casta, ¿habia de confesarle su pasión? á Clara, que era la misma pureza, ¿habria de decirle esas mismas palabras, vanas y triviales, que antes habia dicho á otras mujeres?

No, la amaria devotamente, con veneración; y si conquistaba á aquella virgen sin mancha, si lograba la absoluta adhesión de su sér, si con su fuerza la habria de dominar, sería después de mil pruebas, insensiblemente, y no con el mismo juego de madrigales y embustes con que se engaña á todas.

Era tan buena, tan pura y tan imponente en su sencillez, que cuando lo veia lo obligaba á bajar los ojos con temor; parecia la Madona que descendía de su peana, y cuando se acercaba á ella, como Fra Angélico, iba con los labios temblorosos murmurando una oración.

VI

La sutil suspicacia de Gabriel habíase asomado al alma de Clara, y en su fondo visto relucir la fe como un reflejo de amatista. Había descubierto su predisposición mórbida al misticismo, y encontrado la manera de insinuarse en su vida sin esgrimir el manoseado florete del enamoramiento. Cultivaría en ella esa escondida y profunda inclinación, pacientemente, malignamente, hasta formar de ella su ideal místico; y seguro estaba de que lo conseguiría; porque Clara, la inocencia más acabada, la candidez misma, no pondría ningún escollo, sino al contrario, sumisa y benévola se dejaría guiar confiadamente, abandonando su alma sencilla y sin mácula, tan dócil,

que sólo esperaba para manifestarse la cárcel de algún molde.

Pero habría de ser el ajuste amañadamente, sin advertirlo ella; y para esta labor Gabriel acudió á toda su paciencia, derrochó todo su análisis, y poco á poco desenrolló ante los ojos de su amada místicos horizontes, misteriosos como vagos jardines, y con su constancia y su amor labró las facetas de aquella alma, en cuya belleza, obra suya, habría de recrearse después.

Un día en la conversación hablóle intencionadamente de Santa Clara, su patrona, como de un modelo de pureza y fervor, sugiriéndole la idea de imitarla, supuesto que hasta se le asemejaba un poco físicamente. Para que entrara en el misticismo por el hechizo y por el amor, relatóle la vida de la Santa: de cómo su nombre le vino de que los labios de un crucifijo predijeron que sería una lumbre que despediría luz más clara que la del sol; de cómo desde niña repetía la oración dominical cierto número de veces que marcaba con piedrecillas para que su fidelidad fuese exacta; de que abandonó á sus padres por seguir

á Francisco de Asís, teniendo el valor y la fuerza de abrirse paso con sus propias manos á través de una puertecilla tapiada con piedras; y acercándose más, como quien hace una confidencia, refirióle cómo un día que comían juntos los dos santos en el convento de San Damián, desbocáronse por las ventanas y bardas del templo lenguas de fuego y remolinos de humo, producidos por las palabras que se decían y el infinito amor que los abrasaba.

En otra ocasión le dijo después de interesarla con silencios y reticencias, que la había soñado con el hábito y el velo de las monjas, abrazando los pies del Salvador: un crucifijo hermoso é incruento, como el Cristo en mármol, hecho de un solo bloque, de Benvenuto Cellini.

Y cuando la vió dispuesta, cuando creyó á aquella alma perfectamente preparada y removida, comenzó á nutrirla con sobrias y adecuadas lecturas: Santa Teresa que había deseado á Jesús carnalmente; la vida de Francisco de Asís amado por Santa Clara; la de Francisco de Borja, enamorado de la esposa

de su rey; la Pasión de la hermana Emmerich; tales fueron las lecturas que puso ante los ojos de Clara, ávida de misticismo.

Los éxtasis de Santa Teresa producíanle extraños trastornos, y como la histérica, Clara anheló la conquista del Castillo Interior, donde el alma se funde en Dios.

Buscaba Gabriel para ella todos los libros propicios á su exaltación, las obras en prosa ó poéticas de místicos ó de autores que sin tener precisamente ese carácter hubiesen llevado el hábito. Así fué como le regaló una vez, empastadas elegantemente y con cariñosa dedicatoria, las poesías del candoroso y sencillo Navarrete, donde ciertamente no había misticismo, pero en cambio una sensibilidad tan delicada en los versos amorosos, no sé qué de vago y melancólico que la hablaría del amor que Gabriel deseaba infundirle, y que él vanamente hubiera querido expresar.

Al abrir el libro para hojearlo, había visto Clara el retrato del poeta, y para hacérselo más simpático, lo había completado Gabriel con la descripción que del tierno escritor hacen los biógrafos: le había dicho temblándole ligeramente la voz:

—¿No es verdad que era guapo el Padre Navarrete? Y eso que no está aquí como fué el original: de alta estatura, de ojos azules y candorosos, de pelo castaño y rizo, y talle naturalmente airoso. Cuando lo haya Ud. leído, Clara, lo amará, y hasta querría haberlo tenido de hermano.

Y al despedirse pensaba Gabriel:

La poesía de Navarrete.... La ternura y la ingénita sencillez de Clara se acercarían á beber á aquella fuente de agua pura; verían brotar los versos del inagotable surtidor, y al caer deshojarse en mil pétalos como líquidas margaritas; y en sus noches perfumadas de santa beatitud oiría la inefable música de la rima, y la miraría deslizarse tranquilamente ú ocultarse en su alma quejándose, como entre el césped un arroyo cristalino.

Obsequióle también las obras de Sor Juana, y antes de que las comenzara le habló de ella: de su notable discreción y hermosura, de su gran inteligencia y de las tiernas consideraciones de que en la corte fué objeto. A la misma

edad que ella y que Santa Clara, había tomado el hábito de las Carmelitas y profesado á poco en el convento de San Gerónimo. Y allí, vestida humildemente, y prisionera dentro de los muros limpios y blancos de su celda, lejos del mundo, ocultaba su rostro bellísimo de boca diminuta y afilada nariz, de ojos grandes, negros y rasgados; feliz en la calma de su biblioteca, donde entre cartas geográficas, aparatos científicos é instrumentos de música; sufriendo la nostalgia de los dos Gigantes que la vieron nacer, hería con sus manos delicadas la lira suave y religiosa, que sonaba triste y seráficamente, con ayes empapados de la resignación y el misterio de los claustros.

Contábale cómo, debido á una carta de una monja ignorante, el Obispo de Puebla le prohibía á la poetisa sus trabajos literarios, y después de una confesión general y de escribir dos protestas de fe con su propia sangre, se encerraba obstinadamente en su celda, mortificando su cuerpo con cilicios y disciplinas; y cortaba para siempre las cuerdas de la vagorosa lira, cuya ausencia no hacia

olvidar la fe, ni la ciega obediencia, ni la resignación.

Y la lectura producía sus frutos: Porque en efecto; ninguna seducción, ningún estimulante, ningún tóxico, son tan eficaces como ella; ella sólo habla directamente al espíritu y lo seduce mañosamente y á solas; cuando nadie observa y se puede dar libre curso á los sentimientos, y llorar y reír, y reconocerse en lo que se lee, sin que ninguno lo penetre; ella únicamente educa ó transforma la personalidad que su agua riega en las raíces más hondas; espoleando aptitudes ya descubiertas ó mostrando facultades desconocidas; escarbando en la obscuridad de la conciencia y explotando el filón de oro; ejerciendo incansable su oficio de consoladora, ó reveladora ó corruptura; sondeando sin tregua los más recónditos pensamientos; despertando los más profundos instintos, y dirigiendo las más inexploradas tendencias.

¿Y cuánto más seguros serían en Clara estos efectos; en Clara que era la inocencia más acabada, la candidez misma, y que sólo esperaba para manifestarse la cárcel de algún molde?

VII

Aquella tarde fué Gabriel á hora inacostumbrada á casa de Doña Lucía.

Subió, y como oyera al ir á llamar un murmullo de rezos, dió media vuelta para retirarse; pero ya lo habían sentido llegar, y la fámula, una vieja triste y enjuta, salió á decirle que esperara un momento, ó entrara á rezar en el Oratorio.

Allí estaban arrodilladas todas ante una copia de la Concepción de Murillo: Doña Lucía, pasando las cuentas de ópalo de su rosario, y sus nietas respondiendo los padrenuestros y las aves, con su voz que hasta en aquel susurro era musical.

Estaban las tres: Julia, Genoveva, y vestida de blanco, con el dorado cabello extendi-

do sobre la espalda, Clara, la adorada de su corazón.

Clavaba Gabriel los ojos en la Madona, y suspenso ante su hermosura, sentía resonar en sus oídos, repercutida á través del tiempo la descripción sublimemente bella del Apocalipsis:

«Y una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas.»

Veía sus manos cruzadas sobre su pecho, sus ojos agrandados por el éxtasis, su cabello temblando sobre sus hombros, y visitada por el Espíritu Santo que hacía oscilar su cuerpo y estremecerse la comba de su seno de marfil; recibiendo el aroma de las avemarías que bendecían el purísimo fruto de su vientre.

Y sugestionado por la devoción de aquellas vírgenes fervientes, tocado un instante por la gracia, arrodillado como ellas, unió su voz al murmullo de sus voces, igual y monótono, pero dulce como la oración del mar.

Clara, brillante con su traje blanco, más

pura que la virgen á quien imploraban, con sus cabellos rubios como gavilla de trigo, con su frente alba como harina inmaculada, oraba ardorosamente, y transfigurada por su fe, resplandecía borrando la presencia de la criada y de su abuela, descollaba entre sus hermanas, y creciendo, creciendo insensiblemente, eclipsaba con su luz y su belleza á la misma Madona vestida con el sol.

Dominado por aquella fascinación, Gabriel se abstrajo completamente, y cuando oyó suspirar las primeras frases de la letanía, olvidando su sentido místico se volvió á la amada fervorosa, murmurando en el silencio de su arrobamiento otra letanía suavísima de dulzura y de pasión.

Lucían los áureos cabellos de la extática, brillaban bañando su frente de luz suave, envolvían como un humo los nácares de sus orejas, lamían como una llama la nieve de sus vestiduras; y deslumbrado y atraído por aquella cabellera luminosa, la miraba enroscarse y fulgurar, la veía transformarse en una placa deslumbradora, ardiente como el

metal fundido; y Gabriel, impulsado por aquella visión rutilante de sus ojos, murmuraba:

DOMUS AUREA.

Con el fervor, las mejillas de Clara se teñían de un tinte extraño, se encendían, y sobre el mate del rostro resaltaban como dos flores sobrenaturales, en el centro color de rosa, y pálidas en las extremidades de los pétalos; y enloquecido por aquella ilusión seráfica de sus ojos, Gabriel suspiraba:

ROSA MÍSTICA.

El cuello de Clara erguíase recto, redondo, impecable, como el tallo inflexible de un girasol místico vuelto hacia la fe; del color del marfil; rodeado tres veces por el collar de perlas; como el cuello de la Sulamita comparado á la torre donde están colgados mil escudos: todos escudos de valientes:

TURRIS EBURNEA.

Atraída por los ojos de Gabriel, clavó en él sus ojos seductores: sus ojos verdes, húme-

dos, en cuyo fondo blanqueaba el candor; y en su quieto cristal estaban reflejadas todas las ternuras; ojos claros aun no rayados por la malicia, aun no empañados por las lágrimas:

STELLA MATUTINA.

Sus labios encendidos temblaban; sus manos distinguidas, transparentes, de falanges encanutadas, de uñas sonrosadas y lucientes como diez gemas, juntaban sus palmas cóncavas suplicando; sus senos, semejantes á dos copas, se estremecían desbordándose de unción; todo su sér vibraba, perfumaba como un vaso lleno de ungüentos preciosísimos; y airosa, trémula, ardía como un cáliz de amor:

VAS INSIGNÆ DEVOTIONIS.

Gabriel, en su fervor, seguía quemando aquellas lágrimas fragantes de incienso en las brasas de su éxtasis, desgranando uncioso aquellas brillantes cuentas de la letanía:

VAS SPIRITUALE.
JANUA CŒLI.

Y guiado por ella, guiado por Clara que le tendía su mano misericordiosa, se veía en el Paraíso; en un Edén de amor alumbrado por lámparas inextinguibles, perfumado con blancas nubes de mirra, y reclinada la frente sobre su seno:

HUERTO CERRADO.
FUENTE SELLADA.

VIII

Algunas veces acontecía que cuando más entregado estaba á su labor de modelar aquella alma y regenerarse á sí propio, se desviaba del camino que se había trazado, y hasta tenía en poco lo conseguido.

En una de esas horas de languidez y abandono, y apoderado otra vez el instinto de su cuerpo, sentíase removido por apetitos extraños que en el misterio de la inconsciencia habían germinado calladamente, para manifestarse algún día, únicos y arrolladores.

Entonces reconocía que la lucha entre lo material y lo irreal no termina nunca, sino más ruda comienza cuando alguna sensación poderosa ó desconocida sacude el organismo, haciendo caer y barriendo fatalmente las delicadezas y exquisiteces espirituales, sin dejar después del torbellino más que el tronco y las ramas del sentimiento, que agarrado profunda y tenazmente por las raíces es la primera condición de la vida.

Divisaba al hombre en el alba de los tiempos, esclavizado por el instinto que era su único guía; miraba pertinaz y perpetuándose en el fondo de la humanidad un limo de barbarie que existirá irreparablemente, brotando cada vez de más hondo, renaciendo con la potencia de la irresistibilidad, enturbiando y manchando al agitarse la límpida superficie, espejo de las más nobles virtudes y los más heroicos deberes.

Pensaba que la obra de la civilización en el escurrir de los siglos no tiene más objeto ni persigue otro fin que ir ocultando más y más profundamente esa hez de salvajismo sin conseguir nunca su desaparición, pues por disimulada que esté, á la primera ocasión burlará la vigilancia de la voluntad, y saltará de las últimas capas para imperar como único dueño y dominar como dominó al primero de los hombres.

Gabriel palpaba esta verdad en sí mismo, y respecto del más cruel de los instintos: el instinto del sexo.

Aunque se había consagrado á Clara; aunque en su ansia de ideal había encarnado en ella su aspiración; como el impulso era vago, intermitente, apenas se alejaba unos días, la olvidaba asediado por perturbadoras figuraciones; víctima de su apetito en vela como un ojo abierto, alerta como un oído aguzado, en alarma cuando percibía un cuerpo hermoso de mujer, un lindo pie, ó un contorno mal velado.

En ocasiones alejábase punzado por un remordimiento; creyendo que hacía mal exaltando así el espíritu de aquella niña; jugando con su corazón absolutamente inerme y confiado.

Mas, ¿no era el filtro de desaliento y volubilidad que había bebido en la fuente misma de la raza el que lo abatía y el remordimiento sólo una excusa para disculpar su cansancio?

Sea como fuere, alejábase por algún tiempo, y volvía á sus antiguas costumbres; á

ver pasar la existencia inútil; á mirar deslizarse el río negro y perezoso, como en sus períodos de decaimiento; ó á entregarse furiosamente al placer para divagar su espíritu, descontentadizo como si hubiera agotado la vida y gastado como si hubiera vivido siglos de siglos.

Pero entristecíalo el placer; irritábalo el roce con la gente, y echaba de menos su aislamiento, porque sólo en ese claustro de soledad y excogitación, podía trabajar y conocerse á sí mismo; fortalecerse y ascender; y porque nada más allí estaba cerca de Clara, cuyo amor debía ser su estímulo y su redención.

Y volvía: encontrando abiertas siempre las puertas de la casa de sus amigas, y á Clara con una sonrisa que iluminaba como una aurora su rostro demacrado por tanto olvido y tanta ausencia.

IX

Entonces se portaba como nunca.

Mostrábase arrepentido y triste, y se pasaba las horas en casa de Doña Lucía, oyéndola relatos de su juventud; ó sintiendo vagas tristezas cuando tocaba y cantaba Julia; ó charlando largamente con la bulliciosa Genoveva que lo había extrañado mucho en los días que no lo había visto.

Sentíase como en una atmósfera de beatitud; del mismo modo que si renaciera á otra vida; y melancólico, con un surco de tristeza en la frente, pasaba aquella especie de convalecencia espiritual, aspirando el aire de aquella casa donde se le entraba el deseo de ser bueno; objeto de mil solicitudes por todas; adquiriendo fuerzas y curado al fin por los

ojos y las palabras de Clara, que resplandecía de amor y de caridad.

Restablecido por completo, volvía á su trabajo con más ahinco; pagábale á Clara sus atenciones haciendo su voz más cariñosa; hablándole de sus ejercicios devotos; preguntándole si había rezado por él; y en aquellos instantes ambos eran felices: Gabriel porque la veía amorosa y abandonada, y ella porque la presencia de aquel hombre satisfacía, sin que su candor lo advirtiera, su necesidad de amar de virgen núbil y pudorosa.

Por obsequios de Gabriel, su alcoba parecía una capillita: el lecho levantábase en medio, blanco y albeante; y sobre él, en la cabecera, puestos por su misma mano un acetre y un rosario; y en los muros, tapizados de rosa y oro, cuadros de Santa Teresa, de la Virgen de Guadalupe, de Santa Clara y un San Sebastián, adolescente, hermoso y desnudo, martirizado por las flechas.

Y un día en que asomado á los ojos de Clara veía Gabriel su alma sencilla y transparente, inclinándose como para arrobarse en tanta diafanidad dejó caer esta idea que la

hizo estremecerse hasta su pliegue más recóndito, rayando la superficie de ondulaciones luminosas y círculos cristalinos.

—Clara, Ud. es un ángel, una virgen más que una mujer; ¿por qué nó, conforme con sus inclinaciones que son de devoción y de humildad, se hace Ud. más grata á Dios vistiendo el hábito de religiosa que sentará tan bien á su carácter y á su tranquila belleza?

Y aquella revelación, hecha en el tono más natural del mundo, hizo temblar á Clara, clavándose hondamente en su pensamiento y en su corazón.

X

Los domingos en misa de doce veíala en la iglesia de Santa Clara, y en tanto que ella se entregaba á su fervor, de rodillas entre los devotos, fijos los ojos en el devocionario, oía Gabriel distraído los dulces acordes del piano; llenaba el tiempo mira que mira los reflejos que producían los cirios en los estucos; persigue aquí los relucientes meandros de los altares y espía allá el inapreciable oscilar de los candiles, hasta que cansada de mariposear su atención, se detenía en la historia de aquel recinto donde Clara iba por devoción y él por verla solamente, y agolpadas en su memoria las reminiscencias de sus lecturas, recordaba:

Aquel templo, hoy tan abandonado y profanado, había sido en otro tiempo un jardín

místico que respiraba arte y recogimiento, y también un claustro dentro de cuyos macizos y pesados muros resplandecían en la sombra flores exquisitas de hermosura y de castidad.

Miraba la esbelta nave, los altares estucados de blanco y oro, las dos puertas mirando hacia el Norte, la hermosa arquitectura, obra de un artista apellidado con razón el maestro de los maestros; é imaginábase el convento con los cuadros que adornaban los muros de sus corredores: el célebre López había producido sus mejores lienzos para engalanarlo, y las telas dentro de sus marcos de doradas molduras, resaltando en la limpieza de las paredes, hablaban á las religiosas que por allí discurrían, de belleza y adoración.

Cuánta paz respiraría aquel convento habitado por sencillas y castas vírgenes, cuya vida era la delectación del Esposo. Todas habrían sido graves y muy bellas; pálidas y marchitas, como las azucenas que florecen á la sombra; cumpliendo las reglas con estricta observancia; recogidas en su celda, ó reunidas en la tribuna asistiendo á las ceremonias del culto, ó marchando por los corredores en

silenciosa procesión, llenas de amor y bondad, dejando despedir de sí su aroma de místicas violetas.

Un misterio inmortal reinaría perpetuamente en el pedazo de cielo azul extendido sobre sus cabezas, y ya en los ardores de sus cánticos, ya en el susurro de sus rezos, ó mejor en la quietud de sus almas orantes entregaríanse al Amado, ofreciéndole la limpidez y blancura de sus almas odoríferas.

La historia de una de sus religiosas patentizaba el encanto nunca visto de su interior, y del hechizo que embriagaba el ánimo cuando una vez entraba en aquel paraíso de recogimiento.

Habíalo leído Gabriel en las crónicas y sucedió en la Edad Media mexicana, mandando los virreyes y en época propicia para el milagro.

Tenía D. Martín López de Gaona una hija encantadora; llena de fragancia y candor; de oro fino en los cabellos y en el rostro de satín inmaculado. Holocausto gratísimo había sido consagrada al claustro por sus padres, á la manera de esos sencillos patriarcas que ilus-

tran con su rostro hierático y su luenga barba las hojas de la Biblia, y que ofrecían á Yaveh sus ovejas más bellas y de vellocino más blanco. Pero ella era joven y sobre todo hermosa; más alegre que una golondrina para resistir el frío y la tristeza del claustro; su talle demasiado esbelto y cimbreante para vestir el sayal y la tosca cuerda; sus oídos escuchaban bastantes lisonjas y halagos para acostumbrarse al murmullo de las letanías, y por estos motivos no burlaba, más tampoco cumplía los paternales deseos.

Con todo, era piadosa; porque heredera de padres nobles no podía desdecir de su tiempo ni renegar de su educación, y aunque bulliciosa y frívola, complacíase en visitar los monasterios de monjas.

Un día que estaba en el de las Claras con su madre, apártase de las religiosas que comadreaban en el vestíbulo, y entrándose por la chapada puerta mírase en un corredor adornado con lienzos en los muros.

En el primer momento su ánima frívola y superficial espantóse: sintió un encogimiento como de temor ó tristeza; aspiró luego el aire largamente, y tranquilizada poco ó poco, hechizóse insensiblemente con el encanto de aquel sitio, y una sonrisa brotada de lo más hondo de sus anhelos floreció en los jardines de su alma. Abrió los brazos, alzó su cabeza encantadora, paseó los ojos por la perspectiva de aquel patio cuadrado y de amplios corredores, con arcos planos; aspiró la paz de las colosales higueras que se elevaban en medio; unas higueras secas y centenarias, con las ramas como miembros torcidos; jorobadas y blanquecinas como si hubiera llovido sobre ellas mucho polvo, y súbito, resonó en sus oídos una música seráfica, dulce, como si hubiera brotado de una flauta líquida.

Era el chorro de la fuente que parloteaba en el centro del patio, que cantaba vagorosamente, como si por brotar en el convento hubiera aprendido á cantar y orar; pues el surtidor debía cantar y orar, puesto que la joven se llenó de emoción, y se acercó á la fontana reluciente de azulejos, como á una amiga monja con su hábito azul que la llamara.

Y seguía resonando suave, arrulladora, la flauta líquida, vertiendo sus notas como gra-

nos de oro en el alma de la joven que se acercaba á la vez confiada y temerosa, como á una amiga monja con su hábito azul que la llamara.

Llegada á la fuente sentóse en el borde, y la música se hizo más queda, más suave y seductora; suspirando con todas las cadencias de un harmónico, con la dulzura de la Letanía, con las tristezas de la Salve, con el amor del Avemaría, como si por brotar en el convento hubiera aprendido á cantar y orar; y ella, Isabel, quiso asomarse al espejo con el impulso instintivo y natural del que busca los ojos de quien le habla; y contempló el cristal diáfano, húmedo como una pupila cariñosa, le entraron ansias de contemplarse en él; y el agua que con la caída del chorro cristalino se encarrujaba, debajo del rostro de Isabel se unió formando un óvalo, quedó perfectamente bruñida y pulida como una faceta de diamante, y al inclinarse Isabel para verse en el cristal, con el impulso natural é instintivo del que busca los ojos de quien le habla, quedóse pálida é inmóvil con la palidez é inmovilidad de las estatuas.

Al inclinarse sobre el espejo, había visto en la linfa su imagen; su rostro con las mismas bellezas y atractivos, pero encuadrado por el prodigio dentro del hábito de las Claras.

Días después entraba en el noviciado, y transcurrido un año profesaba bajo el nombre de Sor Isabel de San Diego.

Distrájose Gabriel oyendo el sonido de la campanilla á la hora de la elevación, y durante un instante miró la dorada casulla del sacerdote, lo invadió el fervor que inundaba todos los pechos, pensó en el símbolo de la hostia y el cáliz levantados, continuando luego su interrumpida divagación.

Hoy ya no existe el convento, proseguía, como tampoco una capillita en forma de pequeña rotonda dedicada á la Concepción, según el decir de un bajo-relieve; lo que antes era claustro había sido convertido en casa de vecindad y las monjas expulsadas de sus celdas; la capilla trocada en lugar de comercio; los muros de la iglesia pintorreados al exterior con anuncios de casas mercantiles; nada de lo que fué antes. Pero de igual manera que los sabios y los artistas reconstru-

yen con infinita paciencia ciudades con sólo vestigios de ruinas y ven una estatua en un trozo de mármol, así los espíritus piadosos ó sedientos de arte, leyendo las crónicas de aquel tiempo, y con un poco de amor, pueden hallar encanto en lo que resta de belleza ó de religión, y cuando pasan por Santa Clara, evocar lo que ya no existe y recordar á la fundadora de la Congregación en Porciúncula, donde en el mismo campo que Francisco eligiera para teatro de sus hazañas, fundó su plantel de recatadas doncellas é ilustres vírgenes, encarnadas rosas rodeadas también de espinas, símbolo en esos verjeles de la mortificación propia.

Hoy ya no hay lugares para amparar al que en el alma lleva la enfermedad del misticismo, ó si los hay están ocultos y bajo la apariencia de casas particulares. No queda más que el recuerdo de aquella edad que era como un claroscuro de ignorancias divinas y de arte sagrado; bosque de celestiales zarzas que ardía de fervor; que era encendido por la centella del milagro; en cuyo cielo resplandecían como estrellas las maravillas; tiempos

dichosos en que todos los labios sabían orar.

En aquel instante Gabriel fué traído á la realidad por el ruido que hacían los devotos levantándose; y desvanecido su sueño, se burló de la devoción que lo había llenado un momento, y maquinalmente se santiguó de rodillas para ir á alcanzar á Clara que lo esperaba.

XI

Todas las tardes, al obscurecer, huroneaba por los barrios de la ciudad; divagando su fastidio algunas veces, otras buscando el aislamiento, y todas nutriendo el germen de su amor.

Influido por su propósito, habíase encaminado en una senda de misticismo que no se quería confesar, y mucho menos á sus amigos; y por eso se aislaba de todos, y al atardecer vagaba sin rumbo fijo, á caza de algún rincón apartado donde poder contemplar á solas su sueño; llenándosele el pecho de alegría cuando encontraba algún jardín escondido, algún frontis de templo antiguo y polvoso, ó alguna calleja de aspecto solitario

donde poder distraerse un instante y revivir tiempos pasados.

Agradábale imponderablemente Catedral, por su majestad y su magnificencia, por la quietud que respira, y aunque se complacía en verla á todas horas, la veía con más devoción en las tardes y como con cierta clase de espanto; porque con su mole gigantesca en pie desde hace tres siglos, y sus torres que fingen dos manos levantadas, le hablaba á su ánimo de fe y de cielo, dos cosas perdidas para él, que se llenaba de pesadumbre al contemplar aquella basílica, enorme é inanimada, á la que la magia de los atardeceres hacía vivir, infundiéndole sentimientos que él no podía experimentar.

La vista del Sagrario era como un reposo: descansaba de la impresión que producía en su alma el Gigante, deleitándose en las delicadezas y plateresco de sus fachadas que bordó Churriguera con prestigiosas molduras; sentíase atraída su atención por el intrincamiento de los capiteles, por la elegancia de las columnas, y la impasibilidad de las estatuas de Doctores, Patriarcas y Virtudes que

lo adornan. Admiraba la planta del edificio que figura una cruz griega, su cúpula octógona, y todas las bellezas de su dórico estilo interior.

La iglesia de San Felipe, la más moderna de la ciudad, lo encantaba por su esbeltez y atrevimiento; por sus muros donde volcó Bizancio todas las galas de su suntuosa decadencia; por sus vírgenes rígidas y demacradas; por sus santos adustos y hieráticos, sus mosaicos peregrinos y su caleidoscópica policromía esfumada en oro fino, que resalta en los fondos rutilantes, en los radiosos nimbos y en sus estrellas que clavetean como calamones relucientes el firmamento de las naves; y por su órgano divino, lleno de flautas, clarines, tambores, campanas, pájaros y cascabeles, como si fuera el resumen de todos los sonidos de la música y las voces reunidas de las orquestas.

En la Colegiata de Guadalupe, y detrás del ciprés, sentábase en la opulenta sillería, de tallados tan finos que parecía que la garlopa le había dejado pendiente las virutas; y oyendo los cánticos religiosos, veía entrar la luz

en reflejos irisados por el multicoloro rosetón de la bóveda y por los vitrales engarzados como tres prismas en el muro.

Pero ningún interior ó fachada de templo lo atraía como la Santísima. Cuando ya se acercaba la noche hacia allá se dirigía melancólicamente, y entrando por el Amor de Dios, marchando por la acera de la izquierda para no ver ningún detalle, llegaba hasta su frente, causándole todos los día la misma sensación de sorpresa y la misma emoción de arte. Cada vez la contemplaba con el mismo recogimiento con que la había visto la primera, y recordaba la impresión que había sentido.

Habiásele figurado aquello una ola blanca y altísima, vestida de espuma y adornada con volutas caprichosas; un primoroso bordado más fino y sutil que los que labraban con infinita paciencia las religiosas en las casullas y las dalmáticas; había encajes delicadísimos de cantera que parecían poder desvanecerse de un soplo; filigranas de piedra como no habían hecho iguales los orfebres; capiteles de columnas donde florecían divinos encantos,

y en sus nichos estatuas de Obispos y Doctores con su capa pluvial y su mitra puntiaguda, debajo del Padre Eterno que con la tiara en la cabeza y sentado en la silla pontificia, sostiene al Hijo Amado sobre sus rodillas.

Y sobre toda aquella obra de sueño, una capa tenue y finísima de polvo, amontonado y cernido sobre las molduras á través de muchos años, como un espolvoreo de plata sobre caprichosas estalactitas; como un manto de gris algodón para conservar frescas é incólumes aquellas flores maravillosas de arquitectura; ennegreciendo con su pincel algunas partes, dándoles luz á otras, formando tonos, cubriendo con pudor las líneas defectuosas.

Y en el Sagrario sucedía otro tanto: en las grecas y racimos de la fachada, y lo mismo en Catedral en los albalás de los altares; en todo lo grande y todo lo bello haciéndolos más bellos y más grandes; dándoles á los edificios esa majestad que dan las canas á los viejos; tendiendo como un manto de inmortalidad en las alharacas de los frontispicios, los contornos de las estatuas y los cantos de los misales y el sándalo de los órganos de las iglesias.

Al penetrar en los templos, Gabriel se llenaba de unción, y volviendo el pensamiento al pasado, cerrados los ojos del rostro y abiertos los de la imaginación, los veía cubiertos por todas partes de oro y plata, de riquísimos paramentos, de numerosas lámparas, y ardiendo en abundancia la blanca cera.

Y cuando salía, llevaba el alma dolorida; porque á pesar de la impresión que en él producía el silencio de los templos en la calma de los crepúsculos, no creía y no rezaba; y no obstante, su ánima algunas veces oraba inconscientemente, incapaz de permanecer ajena á tanto arrobo y tanta quietud; y cuando algunas noches pasaba por sus rincones favoritos: por el Sagrario, por San Felipe, por la Santísima, veía alucinado las ventanas de las naves, derramando luz como si en el interior hubiera prendidos muchas lámparas y muchos cirios, y con el pensamiento asistía á unas vísperas misteriosas y fantásticas, celebradas en el silencio nocturno; veía los altares heridos por los reflejos de las luces, resplandeciendo los blandones de oro y las cus-

todias guarnecidas de piedras preciosas, reluciendo los ramilletes y los atriles; desplegada la riqueza de los cálices de oro y los copones gemados, balanceándose los incensarios y los sahumadores; y como si hubiera vivido en otro tiempo, suspiró por la época en que la belleza fué hermana de la religión; en que florecieron los Echave, los Juárez, los Cabrera, los Tolsa, y en que cada sacristía era una página de la historia de las Artes.

XII

Guiada por la sugestión de Gabriel que desde hacía tiempo la dirigía, y con el pretexto de estar enferma su amiga más amada, Clara manifestó su deseo de llevar el hábito de la Damianita.

Ya la veía el perverso amador en su pensamiento, vestida de religiosa, trocados sus vaporosos trajes por la tosca estameña, metida en su casa, y apagada la llamarada de oro de su cabellera bajo la nieve de la toca. Figurábasela reposada y grave discurrir por la casona, con su manto azul y el níveo escapulario colgante sobre el pecho, antojándosele que se había animado la Santa Clara de San Felipe y bajado del muro á la vida más pura y místicamente hermosa.

Para entonces queriale hacer un regalo de acuerdo con el carácter de Clara y con el acontecimiento, y pensó: como los colores de su Patrona son el azul y el blanco la festejaré con una invasión de flores: por todas partes los ojillos tristes y desteñidos de los nomeolvides; los pálidos racimos de los plúmbagos, los apiñados heliotropos enamorados del sol, y las violetas y los jacintos y las campánulas; y alternando con este matiz las frentes inmaculadas de las gardenias, las estrellas de plata de las margaritas, los cascabeles de perfume de los jazmines y las copas fragantes de los lirios; pero no, que tales encantos se desvanecerían luego como los jardines de los fuegos de artificio; y se encariñó con la idea de darle un rosario de brillantes cuentas de concha, encerrado en un huevo de plata, para que voltease diariamente entre sus dedos finos y puntiagudos; al fin resolvióse por un libro de oraciones, que comenzó á buscar sin descanso, hasta que encontró uno, artístico verdaderamente, que llegado el día le mandó en elegante estuche.

Era el antifonario alargado y pequeño, de

marfil las pastas y cuajado de preciosos relieves; de cantos dorados y sujeto con un broche de oro; la impresión de letra gótica, y en las hojas adornadas con viñetas y rojas mayúsculas, hermosas estampas de Santos.

Cuando lo abrió Clara, leyó en la primera página este soneto de Gabriel:

En tu mullido pecho de polares
Blancuras, el fervor quema sus granos,
Y tu acento que vibra con cristianos
Ritmos, se alza más dulce que los mares.

Las preces como místicos collares
Desatas, y volviendo los arcanos
Ojos hacia el altar, pones las manos
En cruz, uno sobre otro los pulgares.

Oreando piadosa los tormentos
Sin alivio, destilas tus ungüentos
De azucena en la nave solitaria,

Y á la fe que vacila en el camino
Del esperado Edén, como un divino
Indice se lo muestra tu plegaria.

XIII

Recogía los frutos de su esfuerzo.

El ideal místico que soñara estaba formado; y había conseguido su empeño, porque Clara era la inocencia más acabada, la candidez misma, y le había abandonado su alma sencilla y sin mácula, tan dócil que sólo esperaba para manifestarse la cárcel de algún molde.

Recogía los frutos de su esfuerzo.

Cosechaba satisfecho el rubio trigo que había sembrado, y deleitábase en la contemplación de aquella alma que habían labrado su constancia y su amor, para después recrearse en ella.

Mucho tiempo había empleado en su labor y mucho trabajo; pero ¿qué son el trabajo y el tiempo cuando la obra sale perfecta, y se

ha podido transmitir al Paros el pensamiento y el sentimiento del artista?

Y él había hecho más que los poetas y los escultores; porque había labrado una alma en cuya belleza, obra suya, había de recrearse después, y cuya perfección debía ser su recompensa; aquella alma sumisa y benévola, dócil como una arcilla, él la había amasado durante mucho tiempo; y con su emoción artística y su bondad, había modelado una copa hermosísima, VAS SPIRITUALE, esbelta, de bordes cristalinos, donde había vertido su ideal de amor; y ahora, con el cáliz precioso en la mano, é inclinado sobre el milagroso elixir, bebía, bebía inefablemente, embriagándose con el jugo inmortal, con la esencia mística de sus dos ánimas venturosas.

Porque él también había sido cogido por la fascinación; también él se había deslumbrado con los místicos horizontes, misteriosos como vagos jardines que había desenrollado ante los ojos de su amada, y con el espejismo de la felicidad en los ojos y en el corazón, soñaba, viviendo el amor de los bienaventurados.

Clara jamás le dirigía la palabra á Gabriel, pero cuando éste hablaba despertaba del sueño que la absorbía, y escuchaba atenta, con la barba apoyada sobre las manos. Callaba obstinadamente escuchando sus palabras, gozando con el encanto de lo que oía, dando muestras con la sonrisa de cariño y aprobación.

A través de sus ojos, húmedos y verdes, veía Gabriel cuanto había soñado; miraba su fondo puro y transparente, como el de un arroyo; tan claro que veía relucir las arenas plateadas y podría contar una á una las pedrezuelas; tan suaves que los sentía sobre su frente como una caricia de terciopelo.

Cada jueves y domingo llevábale un ramillete de amapolas blancas, tenues y frágiles, como muchas alas de mariposas, olientes con el delicioso perfume de una primavera inefable; y las amapolas radiaban, más blancas que la toca de la Clarisa en una jardinera donde ella las refrescaba todos los días, sufriendo con la agonía de aquellas flores, para quienes pedía á Dios la inmortalidad.

Surgía de las profundidades de su sér la simpatía por Gabriel, pero consciente y distinta; lo escuchaba pendiente de sus labios, y sólo si había que traer algún libro, ó hacer cualquier otro insignificante servicio, alzaba su rostro de las manos que dejaba caer, y se levantaba prestamente, manifestándole así su devoción.

Amaba Clara sumisa y abandonada, entregada absolutamente á Gabriel, en quien veía un sér superior, como si fuera favorecida por una gracia celestial; y él también la amaba enamorado de tanta inocencia, recibiendo el culto de aquel corazón que ora ardía como brasa ardentísima donde el amor quemaba granos de incienso, ora perfumaba como una ROSA MÍSTICA, ó alumbraba como cirio inextinguible en el santuario de su recíproca adoración.

Era aquel un amor llegado á los más celestiales deliquios; dominador, purísimo; de dos almas que podrían comunicarse de lejos porque no necesitaban de la corporal presencia; pues en la sombra, con los ojos entrecerrados para ver interiormente, y sin necesidad de ningún contacto físico sus espíritus como dos inmortales ángeles vestidos de oro

y de luz se daban un beso eterno; las almas solas, fluídas, impalpables; confundiéndose como dos soplos, mezclándose como dos llamas, cruzando sus perfumadas espirales como dos nubes que se levantan del mismo aromático incensario.

Clara llevaba, como había querido Gabriel, su hábito burdo y sencillísimo, que cubría sus cabellos, su garganta, sus pies, y solo dejaba visibles su rostro y dos manos maravillosas, blancas, surcadas de delgadas vetas azules, como si las recorriera interiormente un zumo de violetas.

El amor tal como debe ser idealmente: puro, intelectual, los unía con sutiles cadenas de diamante, y el Deseo, la engañosa serpiente del paraíso, no asomaba aún su cabeza por entre las frondas del jardín, para tentar la curiosidad de aquella Eva candorosa.

Dormía el Deseo, pero en cambio existían los demás transportes del amor; todo cuanto tiene de puro y espiritual; ambos lo gozaban, lo bebían, saboreábanlo como un celestial licor, delicioso, diáfano, sin que nunca se enturbiasen sus ondas cristalinas; creyendo ambos que aquel amor suyo era un venero divino que tenía su fuente en el corazón mismo de Dios.

Y para Gabriel, más grande era el deleite porque venía acompañado del triunfo; había realizado su ideal supremo: de acallar primero y matar luego sus instintos; y en la noche y en el día y á cualquier hora, su único pensamiento y su único sueño era la clarisa, la VIRGO PRUDENTISIMA que por el amor se había convertido para él en una representación mental única, exclusiva, dominadora, sin que ninguna otra idea la suplantara ó la eliminara de la conciencia; como si se hubiera paralizado el juego de las asociaciones, reinando como soberana, en absoluto señorío y predominación.

Alucinado creía realizar el ideal supremo: no ser esclavo de los instintos; tan claro veía el cristal de sus sentimientos que ya no creía en el limo de barbarie que existe en la sangre de la humanidad y que brota cada vez de más hondo pero no desaparece nunca.

Tenía fe el iluso en el albedrío y en el ideal; creía ciego en lo que pasaba por su

conciencia, absolutamente ajeno al trabajo lento y oculto pero constante del instinto, que se manifestaría algún día, único y arrollador.

Pero él no asistía á esa labor oculta; y mientras, se embriagaba con su sueño, viendo en el día y en la noche y á cualquier hora á Clara con sus ojos verdes como dos esmeraldas, y extendidas sus manos de las que brotaba un maná de consuelos y de bendiciones.

XIV

Arropado ya en su lecho, y á la luz de indecisa lámpara, leía Gabriel distraídamente; como quien llama al sueño; y el sueño, solícito y generoso, acudía con cautela; comenzando á adormecer su cuerpo por las extremidades, empañando su vista, quebrando y desbaratando los renglones del libro, torciendo las letras, agitando un velo por cima de la página, hasta que al mismo tiempo que la luz moría, Gabriel pegaba párpado con párpado y quedaba profundamente dormido.

Comienza entonces una vida fantástica: aseméjase el cerebro á un país encantado; salen de por negros abismos fantasmas de imágenes; marchan en tumultuoso desfile los recuerdos; todas las sensaciones no desperta-

das á la vida surgen entonces; vagas, incoherentes, despertigadas, ó emergen las ya nacidas con mayor relieve, apareciendo solas; miles de fragmentos de impresiones, de sonidos, de colores, de aromas, como los irregulares prismas de los caleidoscopios; desbocada la imaginación que ora ve un jardín prestigioso, ora un incendio, y sacudido el aparato, el horroroso miedo con todos sus martirios ó la alegría agitando los cascabeles de su risa; evocado el furor al par que la tristeza; y movido el juguete de nuevo, resucita esta emoción y resucita la otra, hace pasar las memorias, las esperanzas suntuosamente trajeadas; hasta que otro vuelco del tubo muestra ante el terror la fascinadora y peluda pesadilla.

Tocaba el Sueño la cabeza de Gabriel y escuchaba éste una voz celestial como de coro de ángeles; era tocado por otra parte y veía hermosas apariciones iguales á candorosas vírgenes; pero esa voz que sonaba era la voz de Clara; la procesión de vírgenes un desbandarse de imágenes suyas; Clara como pensamiento indestructible hasta en el reposo; y

escurrida á otro lado la sangre que serpentea por entre los sutiles alveolos y los más recónditos surcos del cerebro, cambiaba la fantasmagoría; surgía Clara provocativa, avanzando indolentemente, entreabriendo la boca como demandando un beso; levantándose el hábito y mostrando el arranque de una torneada pierna; haciase la estameña transparente y á través del manto y del escapulario veía revelarse las escondidas formas que simulaban estar cubiertas con un traje de agua; y la clarisa mostrábase descocada y desapudorada, porque reía, desordenada la cabellera como la de una furia; brindándole el placer; lanzando de sus ojos candentes lumbraradas y asomándose á sus labios los besos, como frambuesas encendidas.

Cambiaba de sitio la sangre, y continuaba la visión: mezclada con otras reminiscencias pero dominadora; porque el Deseo, resultado en el amor de la tendencia sexual que no se difunde ni se extravía, sino se guarda para un solo objeto, despertaba, manifestábase después de una larga labor latente, exclusivo, formado por el aluvión incesante de pequeñas

irritaciones acumuladas; descollando siempre la imagen de Clara, que tan pronto se mostraba vestida de reina como de bailarina; á ratos haciéndose más incitante por sus pudores; vista á través del Deseo, que ya la vestía, ya la desnudaba, pero en todas las veces la presentaba ante los ojos como una golosina.

***

Al día siguiente Gabriel despertó muy tarde y lleno de fatiga, con la cabeza hecha un caos de imágenes confusas y reminiscencias absurdas; y cuando ayudado por el recuerdo pudo al fin reconstruir trabajosamente y trozo por trozo el sueño de la víspera, se puso triste, por haber cometido inconscientemente una profanación, un crimen del que no se creía culpable, irreparablemente perpetrado; porque el remordimiento, la nausea, todo le daba el relieve de la realidad.

El santuario á cuya puerta se acercaba devotamente á adorar á la madona vestida de blanco, de pie en un pedestal inaccesible, altísimo, donde no se atrevía á subir su más respetuoso deseo, había sido violado en la noche, y en su interior callado y misterioso, reunidos los maleantes instintos y los pensamientos malsanos habían celebrado la Misa Negra.

Después el análisis se encarnizó con el fenómeno. ¿Cuál habría sido su causa? El despertar de la carne, el retorno á los períodos de sensualidad, la exteriorización de sensaciones recibidas en la inconsciencia y no registradas en la vigilia; la memoria de alguna mujer entrevista en alguna parte y retocada á escondidas por el Deseo; y de muy abajo, del fondo de aquel pozo obscuro é insondable, comenzó paulatinamente á surgir la luz; á la indecisa claridad que se incrustaba entre los resquicios y las grietas de aquel subterráneo negro de sombras, vió que cuando saludaba á Clara, retenía su mano transparente, tibia, cuyo temblor él sentía correr por todo el cuerpo; vió que cuando en alguna ocasión se encontraron sus pies sobre la alfombra, él sintió el martirio del espasmo; vió las sonrisas de lujuria y las miradas intremi-

nables; y aunque el sueño resultaba natural, lógico, algo se rebelaba en su interior, desde muy adentro de su conciencia, contra el análisis y las justificaciones; revolvíase su ilusión tratando de quitarse de encima la mancha de lodo; y á pesar de eso, todas las noches seguía sucediendo lo mismo, y al despertar las mismas tristezas, iguales rebeldías; y en presencia de Clara los libertinajes del sueño traídos fatalmente á la memoria; y en los ratos en que no estaba alerta con el Deseo que se agitaba, juzgando á Clara verdaderamente incitante por su juventud, por su pureza, por su blancura que apenas mostrada en las manos y el rostro dejaba adivinar deslumbrantes llanuras y mórbidos collados; en un suplicio, en una lucha eterna entre la pureza de su ilusión y el cieno de sus tendencias; y cuando los dejaban solos, él, con todos sus recursos, no encontrando qué decirle; ambos turbados, riendo forzadamente, inquietos, mostrando Clara la nitidez cruda de sus dientes, confundidas las miradas en un torsal de hilos luminosos, gozando uno y otro del regalo de su presencia, atolondrados,

hasta que la llegada de alguien los hacía no oír el ritmar intranquilo de las Horas en sus puños, ni sentir aquel molesto rodar de arenas en los ojos.

XV

Dirigióse aquella mañana á la casa de sus amigas, y encontró sola á Clara, vestida con su hábito de religiosa, y cultivando las flores que ostentaban sus alegres matices á lo largo del corredor.

Se acercó á ella; la vió despojando las plantas de las hojas secas; empinando la regadera sobre los brotes raquíticos; escarbando la tierra húmeda cuyo aliento despierta instintos malsanos; contemplaba sus brazos de diáfana porcelana bruñidos, y acercándose más para ver un capullo de rosa, sintió en el rostro los cabellos de Clara que lo hicieron estremecerse; y cortando el capullo entreabierto lo aspiró, lo deshojó como como se deshoja una virginidad; lo llevó á su boca sintiendo las espinas del tallo como uñas cosquilleantes de mujer.

En su jaula los canarios trinaban; los rayos del sol, rojos y calcinantes, asaeteaban la albísima ropa tendida sobre el barandal; como vaho de oro humeaba el polen en los cálices de las flores; columpiábanse, tocando aleluya, las campánulas; se ayuntaban las hojas suspirando; y Gabriel desfalleciendo de amor, despertada en su cuerpo la lascivia, veía á Clara transfigurada, incitando su lujuria, más provocativa aún por su inocencia; y al rozarse sus cabellos y al tocarse sus manos esperezábase como una fiera su deseo, delante de aquella virginidad en flor.

Detrás de ellos entreabría sus alas la puerta de la alcoba, y en aquel instante, como un relámpago en la inmensidad de la noche, cruzó su conciencia un trágico pensamiento; sintió una ansia infinita de posesión; cayó en su espíritu la profanación como una lágrima venenosa.

Qué delicia! qué filtro tan embriagante el del sacrilegio! Poseer á aquella virgen pura

como una hostia en aquel recinto, silencioso y solitario como un templo.

Y rechazaba la idea midiendo toda la maldad del acto; contraria á toda virtud y todo respeto; pero la bestia se enfurecía en su sangre y forcejeaba en sus sienes y en sus puños delante de aquella virginidad en flor.

Lograba resistir á la tentación por un momento; lograba representarse su frenesí tal cual era, horrible é insensato, más odioso aún por el crimen y la profanación; pero no llegaban doña Lucía, ni Julia y Genoveva, ni siquiera la vieja sirviente para terminar el conflicto; para acabar con aquella lucha en que cedía la voluntad, en que se turbaba la conciencia; y el deseo, irritado hasta el paroxismo, saltaba bramando delante de aquella virginidad en flor.

Y bruscamente, con los ojos extraviados, con los labios secos, con las manos trémulas, con el cuerpo vibrante, como sacudido por una convulsión, se adelanta hacia la clarisa, la abraza enloquecido, la besa en la boca, y haciéndola daño, desgarrando la toca y el

velo, deja despeñarse el torrente de su cabellera.

Ella no se da cuenta, nunca lo ha visto así, y muda por la sorpresa no lanza un grito; solamente tiembla, y abre los ojos inmensos, desmesurados.

Gabriel la abraza de nuevo, lanza un rugido como un león, la derriba y la viola sobre el lecho purísimo.....

.....

Tras el acto físico vino la laxitud natural, la repugnancia fatal, la lucidez también fatal; y entonces vió á Clara desmayada sobre las albeantes ropas en desórden, goteando de su degollada virginidad un hilo de sangre; y parecióle una hostia pisoteada, ultrajada; como un mármol pulido tras muchos esfuerzos y mutilado en un minuto de salvajismo; en un instante desvanecido su sueño de arte y de amor; conservando aún el polvo de oro en los dedos, de la mariposa deshecha por su mano brutal; y él se dió horror á sí mismo, se llenó de vergüenza como si fuera un ladrón, se consideró el más malvado y el más sacrílego, se hizo como un inmenso vacío en su alma, y

sin darse cuenta de lo que hacía, atontado y vacilante, salió del templo profanado, y como un ebrio bajó por la escalera tambaleándose.

FIN.

México, 1899-1900.

EFRÉN REBOLLEDO.

ESTELA

EFRÉN REBOLLEDO

ESTELA

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE

San Andrés número 69

—

1907

De esta obra se tiraron 200 ejemplares
en papel Couché.

NUEVA CIRCE

Maligna como Circe la encantadora,
El pecho con tus artes hieres traidora,
Pero no satisfaces ansia ninguna,
Porque siendo como eres, provocadora,
Eres inaccesible como la luna.

Con el fulgor extraño de tu mirada,
Con tu dulce sonrisa que gracia expresa,
Produces el hechizo de ser amada,
Porque el alma conservas alucinada
Con el vano espejismo de la promesa.

Eres una valquiria de rubio pelo
Y verdiclaros ojos, hija de un cielo
Empañado por brumas y por neblinas,
Y donde el sol, tras mallas de fino velo,
Arde con luces vagas y mortecinas.

En el *flirt* emponzoñas las armas cruentas
Con las que sin reparo la carne tientas,
Y como no te asalta la fiebre loca,
Tú permaneces firme como una roca,
Inspirando pasiones como tormentas.

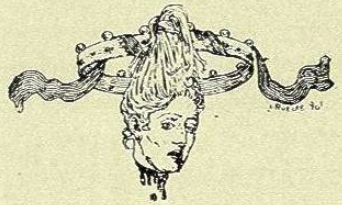
Soy el trópico ardiente, tú eres el polo,
Yo te digo mis cuitas y tú me engañas,
Y en las aras sangrientas en que me inmolo,
Codiciando tu cuerpo suspiro solo
Sintiendo quemaduras en mis entrañas.

Con tus crueldades siento que me lastimas,
Tus besos son deleites que me escatimas,
Y aunque tus formas ciño como la hiedra,
Tú, diosa inexorable, nunca te animas,
Porque eres impasible como la piedra.

Y aunque tus ojos verdes son como el agua
De inmóviles albercas, aunque no atiza
El amor tu mirada que me hipnotiza,
Junto á ti experimento soplos de fragua,
Y tu tibio contacto me galvaniza.

Cuando me das tu cuello blanco y pulido,
Me enerva de tus rizos el haz tupido,
Pues si el cáñamo embriaga con sus efluvios,
Yo, al aspirar tus suaves cabellos rubios,
Sobre tu nuca quedo desvanecido.

Y si beso tus labios de pulpas rojas
Que fomentan la llama de mis codicias,
Bajo tus peinadores de mangas flojas
Siento temblar tus miembros como las hojas
Ante los huracanes de mis caricias.



FAVILAS

¿Cómo quieres que te borre de mi vida,
Si en tus brazos muchas veces fuí feliz?
Si muy grande y muy profunda fué la herida,
¿Cómo quieres que no deje cicatriz?

En tu boca de sensual color bermejo,
Bebí el vino del deleite hasta la hez;
En mi labio aun se conserva el dulce dejo,
Aun anubla mi cerebro la embriaguez.

Cuál recuerdo la penumbra tibia y grata,
Do besaba con transportes el albor
De tu cuello, que emergía de tu bata
Como el diáfano pistilo de una flor.

Aun me causa sensación perturbadora
La caricia electrizada de tu pie,
Aun me excita tu mirada tentadora
Donde danzan los espíritus del té.

En mí queda la memoria del pasado,
Como dura en la epidermis la señal
Que estiletes puntiagudos han marcado,
Ó la huella del diamante en un cristal.

De tus ojos aun mis ojos están llenos,
Y mi mano, como un molde, guarda fiel
El contorno de la curva de tus senos,
Y el contacto voluptuoso de tu piel.

Y en mis noches tenebrosas se destaca
Tu desnudo y escultórico perfil,
De igual modo que en el luto de una laca
Resplandece la blancura del marfil.

EL SOLILOQUIO DEL ESPEJO

Mi alma es la luz; sin la luz yo no sería; porque, ¿qué es sin el alma el cuerpo? Materia sin vida, cadáver, substancia inerte. Y de igual modo que el espíritu es causa del sufrimiento en los seres vivos, la luz, que es mi espíritu, es el origen de mi atormentada vida. Soy una víctima de la luz.

No digo el hombre, pero el animal más mezquino, el insecto más vil, pueden evitar el dolor, pues ó están provistos de armas para la lucha, ó disponen de una coraza para la defensa, ó cuentan con instrumentos para

la fuga. Yo carezco de todo: de armas, de coraza, y no soy dueño ni de mover mi cuerpo.

Como el infeliz loco dentro de la camisa de fuerza, yo estoy sujeto en el marco que me maniata; semejante al mísero ajusticiado que pende de infamante horca, cuelgo yo de fija escarpia; pero sin recibir la súbita y bendita liberación, sino agonizando lenta y perennemente.

Soy un paralítico cuya vida ha huído de todos sus miembros, y refugiádose en sus ojos donde brilla con persistente y desesperada intensidad; un mudo que piensa con lucidez, y cuyo único recurso de expresión es la mirada; y luego, no me dejan tranquilo, sino que me persiguen, me acosan, me vejan, me arrebatan mi voluntad forzándome á reproducir lo que me ordenan; soy ludibrio del que se coloca delante de mí, como lo es el hipnotizado del hipnotizador.

Toda mi vida reside en mi mirada; y bien: no existen ojos que no descansen, no hay ojos que no reposen, todos los ojos se cierran; á mí no se me concede tregua; yo permanezco siempre vigilante, siempre atento, sin gozar nunca del alivio de un parpadeo. ¿Se puede figurar un horror más grande que unos ojos siempre abiertos, hasta de noche, hasta cuando están dormidos? Y

todavía los ojos pueden volverse adonde les place, apartar su vista de lo que les disgusta; yo estoy condenado á ver siempre, siempre, siempre. . . .

No soy por lo menos hijo de la naturaleza; soy una falsificación, una superchería; soy una copia mal sacada, un burdo y desmañado remedo de un original que se me antoja es una fuente ó un río que reflejan las frondas y las nubes, las estrellas y el cielo azul, y que aljofaran las odorantes cabelleras de las ninfas y ciñen sus formas cándidas, y que no son paralíticos ni mudos, sino que cantan, corren y prorrumpen en sollozos.

Soy hijo del artificio, y mi cruel padre aumenta mi tortura reanimando mi espíritu por manera artificiosa también, transfundiéndome nueva vida con los destellos que lanzan las temblorosas lenguas de las bujías, ó el sutil cabello incandescente de las lámparas eléctricas.

Alguien querrá argüir que en ocasiones experimento el placer de reflejar caras bellas; que debo de deleitarme viendo despeñarse cascadas de perfumados cabellos; que tengo que iluminarme de regocijo contemplándome en hechiceros ojos; que he de exultar mirando formas divinas; pero este es el más grande de los errores. El privilegio de la belleza es despertar el amor, y como la

que se csdeubre ante mí no es la belleza qtranuila de los mármoles, sino belleza palpitante de vida que provoca el deseo, me convierte en el sér más desdichado; porque, ¿qué es la angustia de Tántalo si con la mía se compara? ¿cómo alcanzar el fruto que apetezco, si soy incapaz de moverme? ¿cómo rogar si soy afásico? ¿cómo dejar de ver si me es imposible desviar mi vista?

Porque nadie osará negar que el amor ha menester del contacto para comunicarse con el sér amado, para satisfacerse y realizarse; que le es necesaria la caricia; que lo completa el beso, que lo consuma el abrazo. Pues bien, yo soy el único amante á quien le está prohibida toda esperanza, el único á quien no le es dable tocar ni la fimbria de la mujer que anhela, siendo tan miserable que me muero de envidia por cualquier objeto que no tiene alma, y por consecuencia, no sabe sufrir ni saborear la voluptuosidad y el deleite, y que me cambiaría gustoso por una alfombra, por un anillo, por una liga, y cuenta que no menciono á las venturosas sábanas.

Además, todo sér que alienta un espíritu, tiene derecho á morir. y, ó lo ejercita, ó la próvida naturaleza le proporciona pronto ó tarde ese infinito consuelo; pero á mí, debido á mi parálisis, no me queda el recurso de

suicidarme, de hacerme trizas, de volverme añicos, sino estoy condenado á vivir luengos y dolorosos años y hasta inacabables siglos.

Pero como todo sér que el dolor tortura, poseo una grandeza digna del más elevado espíritu; que soy sincero, que siempre y en todas las ocasiones digo la verdad; inmóvil y todo, soy superior á la lisonja, estoy más alto que la adulación; soy incorruptible; encarno el símbolo de la justicia, pero no de la que comete entuertos y tergiversa razones, como esos bastardos míos de caras convexas y cóncavas que deforman las imágenes; yo soy insobornable, soy terso; este es mi orgullo, que me coloca por encima de muchos, ¡oh! sí, de muchos, de innumerables hombres.

MÁS ALLÁ DE LAS NUBES

Para todo aquel que no merezca la tilde de anartista, debe de ser causa de estética y embelesadora contemplación la aguda y culminante silueta que se perfila gallardamente en el horizonte, de la zarca y majestuosa cúspide que se llama el Volcán de Agua.

En cuanto á mí, pláceme pregonar que es regalo de mis ojos y golosina de mi gusto la vista de esa cerúlea y colosal pirámide con que esmaltaré siempre mis añoranzas de Guatemala, de igual modo que los artistas

japoneses prestigian todos sus paisajes con la bizarra cumbre de su Fusiyama.

Y más bella aún que la nipona es la guatemalteca cima, que en medio de la diáfana atmósfera levanta su garzo triángulo, destacándose perfectamente recortada, geométricamente cónica, y tan azul, como si fuera gigantesca ola cristalizada, ó enorme copa llena hasta los bordes de transparente líquido.

Sería sublime si por perpetua corona de nieve tuviera ceñida su soberana testa.

Declarado el amor que nutro por esta hermosa y tutelar montaña, huelga proclamar el regocijo con que acogí la grata invitación que á Fidel Rodríguez Parra y á mí nos hizo mi amable colega, Mr. Philip M. Brown, para llevar á cabo una ascensión á la cima del Volcán de Agua, vértice de mis idolátricas miradas, y realizar mi artístico ensueño, diariamente retocado con la pincelada de una ilusión nueva, de admirar desde aquel soberbio plinto, con ojos de estático enamorado, á la pródiga y multípara naturaleza.

Concluidos apresuradamente nuestros aprestos, partimos Rodríguez Parra y yo, ginetes al despuntar el día, en sendas y fornidas mulas, orgullosos de recordar que

el pasearse caballero en monturas tales, fué en lo antiguo privilegio de reyes, á las vegadas concedido como raro galardón á ilustres personajes en pago de memorables hechos.

Tras largo y monótono caminar, encontrámonos en los umbrales de La Antigua con el delgado y cristalino cauce del Pensativo, cuyo dulce murmurio trae á mi memoria el melódico endecasílabo de Aycinena.

Recostado en su lecho de fina arena que borda sutil faralá de hojas, el soñador riachuelo secretea su pensamiento á las confidentes márgenes, el cual no es otro, acaso, que fecundizar la tierra, enrojecer los granos de los cafetos y edulcorar las cañas, ó quizá cavila, cavila en arrasar algún día los campos convertido en iracundo y asolador torrente.

Al fin arribamos á la ciudad, donde Brown nos espera concluyendo los preparativos de la ascensión.

La Antigua, es la leyendaria y romancesca capital de las ruinas, de las arboledas, de los volcanes y de las nubes, de las blancas y peregrinas nubes. Merced á la cercanía de altísimos picos que cubren y descubren sin cesar, en ninguna parte como aquí hieren tan fuertemente la atención esos tules nómades é impalpables.

En La Antigua habría morado dichoso aquel extraordinario extranjero, de quien Baudelaire habla en uno de sus poemas en prosa.

Desde la puerta del Hotel Manchén, donde estamos alojados, miro hacia el Sur, en el remate de una calle, el fabuloso tetraedro del Volcán de Agua, comparándolo con osada pirámide de no sé qué Faraón extrahumano y fastuoso, que hubiera impuesto á hormigueante muchedumbre de siglos la agobiadora tarea de edificarle una tumba monstruosa é imperecedera.

Al día siguiente que salimos á visitar los alrededores, porque el tiempo es impropicio para el logro de nuestros propósitos, nos damos prisa por alejarnos de la ciudad, y al enfrentarnos otra vez con la cercana cima, he pensado en qué milenaria esfinge de pétreos ojos preñados de misterios, iremos á encontrarnos sentada en el caldeado desierto y clavando en la llanura sabulosa sus truculentas garfas graníticas.

Bajo el calado baldaquino que entretejiéndose urden las ramas de las añosas alamedas que á la vera del camino se enhilan y en las lindes de los aledaños campos, nos dirigimos al baño de agua límpida como disueltos diamantes, á todo el trote de nuestras caballerías, embriagándonos con el oxígeno que nos prodigan las fresquísimas y lautas frondas.

Los cafetales, encuadrados dentro de su opulento marco de árboles, se alínean en paralelas filas bajo la sombra de protector y tupido palio, figurándoseme los onustos cafetos de maqueado frondaje y encendidos granos, la intensa flora de los hechicerescos cármenes que con sus esmeraldas y sus granates atraían los asombrados ojos de Aladino.

Por la noche quiero ver una ruina, y en compañía de mis dos benévolos camaradas, me hundo en las fauces de obscura calleja, pues la luna no asoma aún en el firmamento su clorótico semblante de alabastrada tez, topándome, al desembocar en sombría encrucijada, con el templo de Capuchinas, tuerto, descalabrado, astroso, sin cráneo, roídos sus miembros por la lepra voraz del tiempo, picado el rostro por la aguda punta de los alfileres lunares, y vegetado á trechos por rígidas parietarias que semejan el erizado vello y los mechones de pelo puestos de punta, de centenaria momia que todavía se horripilase de espanto lembrando tremebunda catástrofe.

Al través de agrietado muro columbro el derruido

convento, albergue ahora de cárabos y vespertilios y tránsito de pesarosas brisas que ayean tétricamente paseándose por los soledosos claustros.

Dondequiera que enderezo los ojos no entreveo sino pilastras desportilladas, arcos truncos, hacinamientos de piedras, pilas de escombros, un anfiteatro desplomado. . . . . Vuelvo la espalda, y la mole de las fantasmagóricas é inmensas nubes que mienten monstruosos restos de fortalezas y pedazos enormes de catedrales, me fuerzan á considerarme en medio de universal ruina, cuyo silencio religioso y cristalino raja apenas el ahullo lastimero de un can.

En el cielo profundamente azul, cintilan como esperanzas las estrellas consoladoras.

Contra la rutinaria usanza que ordena partir de La Antigua por la tarde con objeto de pernoctar en la aldehuela de Santa María, situada al pie del volcán, y llegar con el alba á la cumbre para ver la salida del sol, decidimos marchar á la mañana siguiente, pues pretendemos admirar no sólo la aurora espléndida, sino también el glorioso ocaso, y el dosel diapreado de luceros de la suntuosa noche.

En el Xucuyú que faldeamos subiendo por cómoda

carreterra, nos sentimos oreados acariciadoramente por mansa brisa que perfuma el aliento de la mejorana.

A la entrada de Santa María, divisamos á lo lejos el ziszás del camino que nos ha de conducir hasta el enhiesto picacho que en este instante se cala su gorro de nubes, y al torcer á nuestra derecha mano, nos sorprenden los bohíos del villorrio, que se desbandan por la vega como pardas codornices, cuál volando con la cola abierta en abanico, cuál corriendo por entre los tostados rastrojos, cuál abatiéndose sobre la maleza con una ala desmontada.

El Comandante nos facilita los indios apellidados *mayores,* que transportarán nuestro equipaje, y á quienes los han menester, caballos hechos á trepar por la quebrada cuesta.

El sendero está cribado de hoyos que yo no temo, fiado en la garantía que me presta mi mula de remos firmes y ungulados, la cual camina distraídamente ramoneando briznas de heno y tallos de mirasoles.

En la fimbria de la montaña hay pequeños terrenos labrantíos cultivados con maíz, cuyas doradas panojas cosechan negligentes labradores. A trechos zanquean zambos y gibosos árboles que los guías designan con el

nombre de *palecás*. El sol salpica de enormes manchas el lomo de los rugosos montes, uno de los cuales retrata por sus contornos, jaca de redonda grupa y tiesa crin simulada por larga ringlera de cipreses; un pinar que se vislumbra allá lejos, tiene la apariencia de un cepillo según se mira reducido, y las colinas sembradas en sus recuestos y laderas y por blanquecinos atajos cruzadas, parodian cuerpos de convalecientes que están al aire libre soleándose; éste, completamente tendido; ese, de lado; aquél, supino, pero dobladas las rodillas; cobijados todos con raídas y lamentables colchas llenas de remiendos y de costuras.

Encontramos á poco á las *lamas*, bajitas zagalas de prolijo tocado, las cuales se fatigan muy pronto, cediendo el paso á los *tayuyos* que prometen ser más resistentes á juzgar por sus macizos muslos y atléticos biceps; unos marchan solitarios, otros avanzan de bracero; varios trepan trabando sus dedos y conversando, trajeados con vestidos de terciopelo verde, y posando sus disformes pies sobre alcatifas floreadas de begonias.

La nublada lejanía se percibe blanca, sonrosada ligeramente en el fondo, como la carne de las ovejas bajo las cándidas vedijas de sus vellones.

Brown, que va con el aneroide en la mano, nos anuncia la altitud: 3,150 metros.

Principia el frío que corrobora mis nervios como un cordial. Los *tayuyos* se rezagan temerosos de la niebla al través de cuyo cristal empañado veo á mis amigos al volver la cara, iguales á vaporosas fantasmas.

Alcanzamos á los pinos, y en su compañía entramos en una nube, como los dioses olímpicos.

Nuestros actuales compañeros, los pinos, verdioscuros y aguzados, avanzan austeros, silenciosos, rígidos, como silentes frailes que habiendo renunciado al refugio de celdas y crujías, y jurado observar la formidable regla de vivir á la intemperie, hubieran venido á fundar en las nubes su cenobio.

Agitados por proféticos soplos, los intonsos cenobitas encapuchados en sus verdes hábitos, musitan solemnes rezos.

Marchamos en plena nube que nos envuelve en sus fríos pliegues á guisa de manto de frescas plumas.

Un heno tupido, lacio y lujurioso, cubre el suelo.

Todas las nubes ahora están abajo; se divisan hasta muy lejos á manera de numeroso rebaño de corderos de lactescentes vellocinos, que chospando entre las pe-

ñas se acercasen llamados por los silbos del pastor. Mi mula marcha penosamente tanteando con sus cascos el agrio y tortuoso camino de tierra negra sembrado de rocallas.

Ya los pinos nos siguen trabajosamente, muy mermadas sus filas, echando el cuerpo adelante y apoyándose en sus gruesos báculos. Finge herir la frente del volcán afilada media luna.

Hacia el Oriente, por encima de las nubes y de vasta llanura donde los montes parecen superficiales pliegues, se proyecta un enorme triángulo, una inmensa sombra que tiende su punta hasta Guatemala, hasta más allá de Guatemala que ahora faldea la sombra, un cono de muchas leguas, capaz de producir un eclipse, y que se alarga, se alarga triunfalmente hasta la muralla de lapizlázuli del remoto horizonte, hasta la cúpula de turquesas del cielo que parece opacarse con la mácula de un infinito mal, de todo el mal de la tierra.

Arribo al cráter enjuto y circular como los circos de los mapas selenográficos, pero aun no toco la cumbre que está más alta, más alta, y apeándome precipitadamente marcho hacia arriba, subo arrastrado por el imán irresistible de la cúspide. Igual que otros experimentan el vértigo de los abismos, de mi cerebro hace presa el vértigo de las cimas, y en mi apresurada y loca ascensión á pie por los hostiles peñascos, la respiración me falta, mis sienes laten, mis oídos zumban; pero no importa, más alto, más alto aún; la fatiga, como cobarde hembra me retiene; me desprendo de sus brazos por medio de violento impulso y continúo mi marcha; cada paso que doy me cuesta violento esfuerzo.

Dejo atrás á los pinos.

Más aprisa, más aprisa todavía, para ver la puesta del sol. Mi corazón se debate como un ahogado, mi tórax funciona como un émbolo; á rastras trepo por las cortantes peñas con las manos, con los pies, con las rodillas, con los codos; en un tropiezo mi sombrero se me cae, causándome helado escalofrío el ver cómo por el agrio despeñadero rueda.

Huello al fin el fastigio de la monumental pirámide, y sobre las rocas donde medran rastreras plantas permanezco en pie, sofocado, rendido, jadeante, pero victorioso; á 3,950 metros sobre el nivel del mar.

¡Qué espectáculo más sublime! el sol rojo, imponente, enorme, tramonta; declina moribundo después de haber derrochado vida; se acuesta agonizante sobre el

ensoñación al sensual paraíso cruzado por ríos de miel y de leche, á cuyas márgenes gozan de las caricias embelesadoras de divinas huríes, que recostadas sobre azúreos cojines de seda, los miran con tiernos y voluptuosos ojos.

Y si nuestra improvisada choza me sugiere la idea de una tienda en el desierto levantada, el clangor del viento me completa mi ilusión, induciéndome á creer que á lo lejos los leones rugen é himplan las panteras.

Me dispongo á dormir para madrugar al día siguiente, pero á pesar de estar guarecido por murallones altos y escarpados, el frío, como sigiloso áspid que se hubiera escondido en el acojinado de heno de nuestra cabaña, me hinca sus agudos dientes llenos de helada ponzoña, atravesando por todos mis abrigos y mis músculos hasta mis huesos, hasta mis tuétanos, forzándome á tiritar toda la noche, y produciéndome la sensación, en medio de la pesadillesca somnolencia en que la cruel temperatura me sume, que estoy liado por fino y gélido alambre que se me hunde en la carne lenta é implacablemente.

Sin haber logrado conciliar el sueño durante un segundo, me levanto. El termómetro marca tres y medio

grados bajo cero, y en las tinajas se ha congelado el agua. El enorme circo, con la escarcha que ha espolvoreado las piedras y el musgo, presenta el aspecto de una úlcera cauterizada por un ácido.

Otra vez emprendo la marcha hacia lo alto, rampando ahora por cabelludo talud tapizado de heno, sintiendo que el cansancio me tira de los pies, y me amordaza la asfixia, y avanzando congojosamente, como si fuera nadando en profundo lago cuya orilla estuviera todavía muy distante.

El orto albea cual gigantesca concha de iridescente nácar. En mi derredor las nubes forman nevadas islas, y las montañas de copetes puntiagudos y azules, se levantan como bravas olas de encrespado piélago que hasta kilométricas profundidades las garras de furioso ciclón hurgaran. Yo estoy de pie, aguardando que el sol se eleve en el más alto palo de inconmovible barca, que sin parar mientes en el naufragio que parece inevitable, hincha osada su triangular y tirante lona.

Tenues chispeos de rubí comienzan á amatizar la bruñida plata del levante, diluyéndose por toda la anchurosa lejanía, vaga claridad de amatista; irradian las primeras brasas de vulcánica fragua que atizan titánicos

cíclopes, y lentamente, detrás de ese enceguecedor brasero surge el sol glorioso, haciendo al mundo la rica dádiva de una aurora nueva, de una aurora de múrice que reanima la aterida tierra con las vivificantes caricias de sus jocundas llamaradas.

La luz me deslumbra haciéndome vacilar y caer como débil convaleciente que súbito bebiera crátera rebosante de generoso vino, pero repuesto en un momento, me vuelvo otra vez al sol munífico, y convertido sinceramente en el más fervoroso de los astrólatras, le envío, hinojándome, mi agradecida y ardiente jaculatoria.

Prorrumpen ahora en jubilosos hosannas los alborozados gallos, y los melómanos pájaros de harpadas gargantas deshenebran sus gárrulas letanías de trinos, pero antes que ellos, yo he dirigido mi salutación al astro del día.

Ya detallo todos los contornos: Santa María, en la base de la montaña aparece como un guiñapo; La Antigua, madrugadora, se vislumbra al través de su turquí peinador de brumas; Guatemala, más perezosa, asoma apenas la cara de su mullido edredón de nébulas; el lago de Amatitlán se distingue á mis pies ridículamente pequeño, mezquino á pesar de sus tres leguas, como

añico de espejo roto; las sabanas de cañas y los sembrados de cafetos se ven ínfimos.

Solamente el Pacífico se divisa grande desde esta altura.

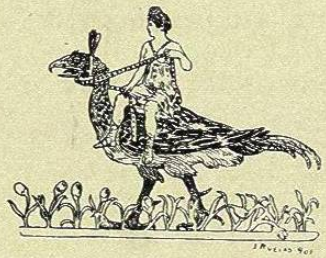
A la vista de esa adamantina inmensidad que á mi derecha y llenando todo el confín más que el acero fulgura, se enseñorea de mi alma, conmoviéndome hasta lo más hondo de mis vísceras, el religioso sentimiento de lo sublime, y se afirma para siempre en mi espíritu un amor que ya antes me he conocido por todo lo que es gigantesco, por todo lo que es soberbio y soberanamente grande.

De hoy más no me sentiré atraído sino por las cúspides, por los abismos, por los océanos, y por los desiertos.

Y comprendo ahora.

Comprendo ahora que bajo por la agria escarpadura, cómo aquella granítica copa llena de líquido hasta los bordes, debió de despedazarse con estrépito á causa de tremenda sacudida telúrica, y dejar despeñarse un mar de agua helada, que á manera de águila ayuna que hubiera esperado en secular acecho en su nido de rocas para abalanzarse inopinadamente sobre inerme presa

con impetuosidades de rayo, se arrojó sobre el descuidado valle, asiento de la primitiva capital castellana, arrastrando en su furia huracanada árboles y montañas, hendiendo profundos barrancos, acarreando montes de arena y sepultando entre las pilas de escombros, junto con cientos de cadáveres rígidos, el cuerpo vestido de negros paños de la apesarada viuda del garrido y hazañoso Conquistador de Guatemala.



MALEFICIO

Hay no sé qué de extraño sortilegio
En este anhelo, cíngulo de abrojos
Que me oprime por ti, con el arpegio
De tu voz se apaciguan mis enojos,

Como al dulce tañido de una flauta
Aspid airado adormecerse siente,
Y si me miras soy un ave incauta
Que fascinan tus ojos de serpiente.

En tus labios de borde purpurino
Con insana avidez mi sed apago,
Y de sabroso y perfumado vino
Como en copa magnífica me embriago.

Porque tu beso que mi sangre excita
Ni en ardimiento ni en ternura mengua,
Y eres como la bella Sulamita,
Que viertes miel y leche de tu lengua.

Así en aprisionarme te das maña,
Y someterme con tus artes puedes,
Como al insecto la insidiosa araña
Entre los hilos de sus finas redes.

Fundes con tus sonrisas mis reservas,
Y puesto el más sutil de tus vestidos,
Te empapas de perfumes con que enervas
Mi voluntad, y turbas mis sentidos.

Tu pie con maliciosas travesuras
Exacerba el ardor de mis anhelos,
Y por medio de infames imposturas
Acallas los rugidos de mis celos.

Eres coqueta, pérfida, malvada,
Y sabiendo de fijo tus embaucos,
Te adoro en cuanto bebo la mirada
Tierna y ardiente de tus ojos glaucos.

De tus caricias tengo sed morbosa,
Insaciable, como ansia de morfina,
Y te hallo insubstituible y deliciosa,
No sé si por amor ó por rutina.

Pues mi afán no se embota, antes se aguza:
Todas mis noches con tu imagen pueblas,
Y la memoria de tus besos cruza
Como un rayo incendiando mis tinieblas.

Huyo á veces de ti tras brioso esfuerzo
Porque me tratas como cruel verdugo,
Y soy feliz porque de rumbo tuerzo,
Siento la dicha de arrojar tu yugo.

Mas tú sabes que un vicio no se cura:
Sueña el ebrio en su copa cristalina,
Y el jugador que corregirse jura
Vuelve de nuevo á consumar su ruina.

Por eso aunque lo intento no te olvido,
Y en volviéndote á ver me pongo ciego,
En mi insensato frenesí reincido,
Y á tu dominio á mi pesar me entrego.

NOCTURNO

La noche me enamora más que el día,
Y mi ánima sutil nunca se sacia
De gustar su inefable poesía
Y encarecer su excelsa aristocracia.

La luz alabastrada de la luna
Entra por la vidriera transparente,
Y son sus resplandores como una
Mano que se desliza por mi frente.

El grillo familiar sin tregua pita,
Y los gatos de lomo satinado
Cual galanes que acuden á una cita
Marchan con discreción por el tejado.

El cielo se me antoja cofre abierto
Donde titilan deslumbrantes gemas,
Y por virtud de la frescura un huerto
Sembrado de radiosas crisantemas.

Los perros ladran á la luna fría,
Que esconde entre las nubes su figura,
Cual corza que escapando á la jauría
Se embosca en laberíntica espesura.

El fragante jardín está dormido,
Porque la dulce brisa no rumora
Y las aves reposan en su nido;
Sólo el agua está en vela, pero llora.

La luz borda las sendas con adornos
Sutiles que son mágicos dibujos,
Y reproduce formas y contornos
Como por arte de pinceles brujos.

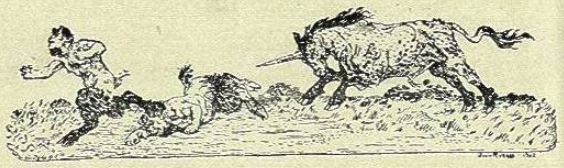
Simula con sus líneas en la tierra
Aguasfuertes, grabados, arabescos,
Marfiles chinos, punto de Inglaterra,
Y tallados de altares plateresco.

Con repentinos y fugaces brillos
Relucen las luciérnagas errantes,
Imitando encendidos cigarrillos,
Y empedrando la grama de diamantes.

Luego voy por la calle á la ventura,
Y como nada su silencio viola,
Mis pisadas me impregnan de pavura:
Así se encuentra la ciudad de sola.

El agua en la vetusta alcantarilla
Indiferente sus cristales suena,
Y en las esquinas cada foco brilla
Redondo y blanco cual la luna llena.

Ningún raro transeúnte encuentro al paso,
Y en el sosiego de la noche pura,
Mi alma que está abierta como un vaso
Se llena hasta los bordes de amargura.



MINIATURA

Graciela es igual que gracia,
Y resume y significa
Belleza y aristocracia:
Dos cosas de Costa Rica.

Tu mirada el gozo enciende
Porque en la intensa negrura
De tus ojos como un duende,
Habita la travesura.

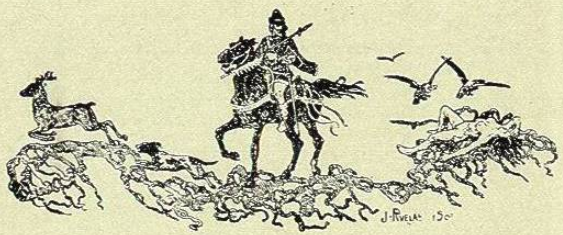
Vino tu boca hechicera
Á este risueño país,
Dentro de una bombonera
Importada de París.

Dos juguetes son tus manos
Y tus pies dos chucherías;
Como dijes venecianos
Ó lindas japonerías.

No existe en ninguna tela
Más hermoso serafín,
Y eclipsas á la Graciela
Pintada por Lamartine.

Tu charla con que cautivas,
Reparte halagos y agujas,
Y tus frases son festivas
Y alegres como burbujas.

Y tu risa es un gorjeo,
Un compás de serenata,
Un dulce y loco volteo
De una esquilita de plata.



DON PEDRO DE ALVARADO

Es arrogante y bravo el guerrero español
Que para los aztecas fué la imagen del sol:

Con su gentil figura, con su labio altanero,
Muestra un bizarro y noble tipo de aventurero;

Su barba y sus cabellos son rubios, y á pesar
De esa color, heraldo de su blasón solar,

Es demoniaco el bello caudillo Tonatiú,
Pues tiene la soberbia beldad de Belcebú.

Ya con la artera astucia de la serpiente mira,
Ya su arrogante frente se nubla con la ira,

Y entonces —él conoce lo que es su corazón—
Comete desafueros y ultraja la razón;

Embiste con arrojo y acecha con recelo,
Es un príncipe como los quiere Maquiavelo.

Luce en el cinto pomo de daga traicionera,
Y bajo sus arreos de gala y su ligera

Malla, se esconden formas esbeltas y viriles,
Pues lucha como Hércules y salta como Aquiles;

Su pecho, inquebrantable cual las corazas duras,
Arde en perenne anhelo de gloria, de aventuras,

De satrapesco lujo, de alhajas deslumbrantes,
Fascinadores naipes y lúbricas amantes,

Y así en el mar las velas, en su iracunda vista
Veloces atraviesan afanes de conquista.

Á impulsos de la fiebre que le hinca su acicate,
Ya sueña en Atahualpas que entreguen en rescate

Riquezas de que traiga cargado su bajel;
Ya locos pensamientos le vienen en tropel,

De las esplendorosos ciudades de Cibola
Y de Quiviria, extraño país en que por sola

Materia el oro existe; ó de Cathay remoto
Y de Cipango rico busca el camino ignoto,

Ó va en pos de las Indias, que oculta el mar inmenso
Donde el marfil abunda y el oloroso incienso,

Tornasolados chales delgados como tela
De araña, y perfumadas virutas de canela.

No hay brida á los arranques ni vallas al denuedo
De aquel audaz caudillo sin lástima ni miedo,

De aquel aventurero sin compasión ni ley
Que infringe los mandatos que vienen de su Rey;

Que á su voraz codicia no conociendo diques,
Les rasga las narices á atónitos caciques

Por un pendiente de oro, y en sus arrestos crueles
Tras los inermes indios azuza sus lebreles.

Soldado sin entrañas, ni indulta ni perdona;
Pero si fué más duro que su misma tizona,

En toda su existencia fulgura el resplandor
De una divina estrella, la estrella del valor,

Y viendo de la muerte venir la hora suprema
Lanza un destello, digno de la más pura gema:

Debátese en el lecho pronto á rendir la vida,
Y como le interrogue con habla conmovida

Un capitán: ¿qué os duele, Señor Adelantado?
No es en la herida espalda y el cuerpo lastimado

Donde el dolor sus tiros con impiedad le asesta,
Porque entre tristes ayes «el alma» le contesta.

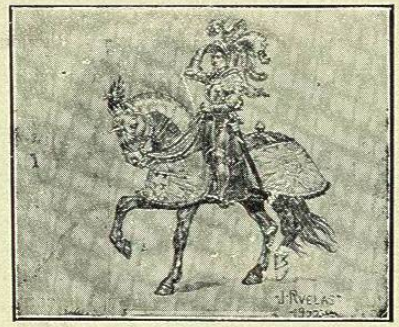
Quizás en ese instante postrero lo acongoja
El no morir el pecho pasado por la hoja

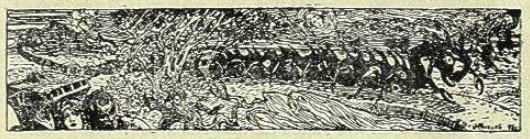
De noble espada, acaso cruzar enfrente mira
Las víctimas dolientes segadas por su ïra,

Tal vez al contemplarse maltrecho é impotente
Para cubrir con nuevos lauros su hermosa frente

Y conquistar más tierras con su invencible arrojo,
Del punzador despecho siente el agudo abrojo;

Quién sabe, mas los siglos no apagan el acento
De ese profundo grito de humano sufrimiento.





CONVERSION

Con poéticas tintas por la distancia
Columbro á la Madona que amé en mi infancia:
Madona de ojos dulces, de faz radiosa,
Y esta bendita imagen, como una rosa,
Perfuma mis recuerdos con su fragancia.

Amé á la santa Virgen que es electuario
Que cura de tristezas las corazones,
Y mi fe, cual la lumbre de un incensario,
Esparció sus aromas en el santuario
De alabanzas fervientes y de oraciones.

Después me sedujeron rasgados ojos,
Me enervaron efluvios de suaves rizos,
Me emborracharon zumos de labios rojos,
Y ante pérfidas Circes caí de hinojos
Prisionero en las redes de sus hechizos.

Fuí preso por Armidas de encanto inmenso,
Corrí tras Magdalenas de ebúrneos flancos,
Y el alma desbordante de ardor intenso,
Fuí un creyente que sólo quemó su incienso
Ante Venus impuras de senos blancos.

Mas no me dió su linfa la estéril roca,
En vez de frescas flores cogí la ortiga,
Y cada vez que lleno de fiebre loca
En una boca ardiente posé mi boca,
Sus besos me causaron sed y fatiga.

La ilusión seductora sólo embelesa
Cuando apuntan sus luces en lontananza;
Es hermosa la dicha que no se alcanza,
Magníficos los ortos de la promesa,
Y mágica la aurora de la esperanza.

Y cuando era yo blanco de los dolores
Y suspiraba ansioso por un cariño,
Te ví llegar cubierta de resplandores,
Como la santa Virgen que amé de niño,
La idolatrada Virgen de mis fervores.

Porque además del nimbo de la hermosura,
Como las ricas gemas de una corona
Esmaltan las virtudes tu frente pura,
Y brilla en tus miradas esa dulzura
Que hay en los castos ojos de la Madona.

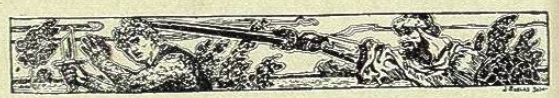
EL AGUILA

Del espejo turquí de la laguna
Surge una roca que un nopal sustenta,
Y en ese cacto un águila se sienta,
Y un pueblo en ese erial pone su cuna.

Huella el ave de Júpiter con una
Garra el tunal que en el peñón se asienta,
Y de infinito y de poder sedienta,
Provoca con denuedo á la fortuna.

Con el pico acerado y la otra garra,
Una rampante víbora desgarra,
El vuelo alzando rumbo á la victoria,

Y orna el peñón que en el cristal culmina
Una guirnalda de laurel y encina,
Símbolo de la fuerza y de la gloria.



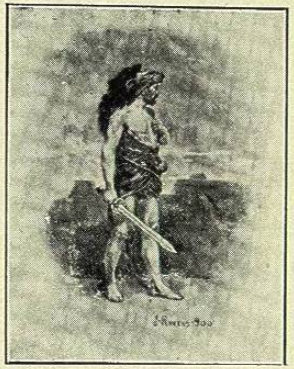
EL QUETZAL

El porte altivo, reluciente el ojo
Que en mitad del copete es un diamante
Entre esmeraldas, negro el remo errante
Con que vuela en los bosques á su antojo.

Es sangriento rubí su buche rojo,
Su larga cola tornasol radiante;
Con razón de sus plumas es amante,
Y rozarse en las ramas le da enojo.

Es hosco y libre: con su pico duro
Labra en los troncos escondrijo obscuro,
Que es como estuche de su hermosa cauda,

Y muere de tristeza prisionero,
Si su querida libertad defrauda
Cobarde lazo ó plomo traicionero.



LAS OLAS

Estoy echado de codos en el pretil del muelle. Sobre mi cabeza, el cielo hállase cubierto á trechos de foscas nubes, mientras que al través de un velo de triste neblina, lucen apenas las estrellas titiladoras.

En la línea recta de tierra, brillan en confuso desorden las luces de los edificios del puerto, y surto á corta distancia, se esfuma la silueta del «Sydney,» cuya iluminación realza la inmensidad negra del Pacífico.

Á mis pies chapotea sin cesar el agua, y allá cerca, en la orilla, revienta la marejada deshilándose en espumas.

El mar suspira.

Sí, aquel monstruo negro cuya cólera aterra á los ma-

rinos más intrépidos, ha desfruncido el ceño, y amainando sus iras, se esfuerza por ser tierno, exhala de su enorme pecho membrudo dulces quejas y dolientes gemidos.

Abajo de mí la superficie del océano apenas pierde su tersura; las olas, imperceptibles, imitan los pliegues de una tela de raso, donde el collar de luces eléctricas del muelle riela. Apenas han avanzado las olas un paso, y ya se yerguen amenazadoras; un poco más adelante, ya se han trocado en pequeños alcores verdes rematados por blancas crestas de riscos.

Allá distingo un grupo de olas: vienen garruleando como chiquillas, y luego de desgranar collares de risas, desaparecen, olvidando en la arena sus conchas color de rosa. Pero ya se adelanta un corrillo como de zagalas atareadas que corren atropellándose y trayendo en los brazos azafates de vasos de Venecia, las cuales tropiezan á su arribo, escabulléndose entre ruidoso rumor de cristalería rota. Otras extienden, al llegar, su cargamento de encajes de Inglaterra; aquéllas se abalanzan en un carro incrustado de esmeraldas del que tiran caballos árabes de rizadas crines de armiño.

Ya vuelven, acuden de nuevo, retornan otra vez. Pero

no, esas que se aproximan no son las mismas; vienen como balando; es un nevado rebaño de ovejas; estotras que se anuncian con coruscamientos de seda, con haldeos de damas elegantes que marchan de prisa recogiéndose el vestido, son unas marquesas que á su llegada se despojan de sus abrigos de pieles; esotras que las siguen, son unas sevillanas que van cubiertas con la clásica mantilla blanca, cuyo fleco echan al aire al desarrebujarse.

Estoy solo.

En toda la longitud del muelle no hay ningún sér que vague, ningún desocupado que sueñe, ningún trabajador que repose tumbado de bruces en el suelo ó sentado en una de las plataformas vacías abandonadas sobre los rieles.

El pavimento retiembla cada vez que el mar arremete contra la armazón de hierro; en la playa se despedaza la reventazón semejante á cuitado pecho que estallara en sollozos.

Un toldo de foscas nubes tapa las dulces pupilas de las estrellas.

Estoy solo; la tristeza se clava en mi corazón como si fuera una daga aguda.

Pero lo mismo que en tu espejo, ya ríe en mi recuerdo tu adorada imagen; mi memoria, como un hada buena, te transportó á mi lado; ya tu alegría disipó mis sombras; ya estoy contento, ya me regocijaron tus risas, mi sonajita preciosa, mi cascabelito de oro.

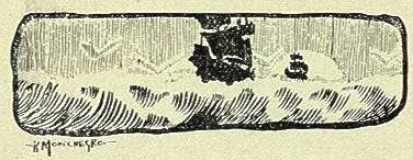
El chapoteo del agua bajo mis pies no cesa, continúa el desfilar de olas. Vienen unas en pos de otras empujándose; aquella que se extiende como una red de plata trae quizás en sus mallas peces dorados; esa negra que trata de confundirse entre las demás, tal vez se oculta porque acaba de estrechar en sus fríos brazos el cuello de un náufrago; esta pequeña y cristalina que pasa, miente un alhajero de cristal en cuyo fondo brillan diamantes esplendorosos, porque la vieron desde la cubierta de un buque dos tiernos enamorados.

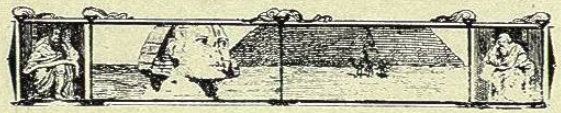
Ya no estoy solo porque mi memoria como un hada buena te transportó á mi lado; todo lo que imagino se me figura que te lo converso; cuando vuelvo á verte, haces, como de costumbre, un delicioso mohín en que pliegas, sonriéndote, tus deliciosos labios, y me escondes el languor de tus amados ojos, más míos cuando me los niegas.

ENVÍO

Y como esa ola, la más grande, la más impetuosa de todas que se acerca dando saltos precipitados, un deseo infinito golpea mi pecho que por ti late: el de ser como el mar, tan fuerte y poderoso como lo es el mar, y que todos mis anhelos, y todos mis pensamientos, y todos mis sueños que acuden desde lo más remoto de mi existencia, y surgen desde lo más hondo de mi corazón como las olas vienen desde las más largas lejanías del horizonte, y se levantan de las más hondas simas, se acercaran hacia ti empujándose presurosos, y te dieran todas mis ilusiones, todos mis respetos, todos mis ruegos, como las olas regalan á la tierra todas sus espumas, todos sus frágiles cristales y todas sus conchas color de rosa; y que á semejanza de las olas que arriban en sus carros de esmeralda tirados por blancos caballos árabes de largas crines de armiño, corriendo en tumultuoso tropel por llegar á la orilla, todas mis ansias galoparan hacia ti como briosos bridones que corren empapados de espuma los nobles encuentros; y que lo mismo

que las olas se acercan con musitaciones de plegarias, con rumores de besos, con explosiones de sollozos, siempre precipitándose hacia la playa, y siempre alejándose para volver de nuevo sin desmayar nunca, así mi amor fuera hacia ti, á enternecerte con mis súplicas, y se retirara porque te encontrase indiferente, y retornara otra vez con nuevos ruegos, y retrocediera llorando porque te hallara desdeñosa, y eterno como el vaivén armonioso de las olas, nunca dejara de acariciarte y de besarte, y de ceñirte y de cantarte, tendiendo hacia ti sus brazos, y ofreciéndote el presente inagotable de mis adoraciones, de mis esperanzas, de mis suspiros y mis lágrimas.





EL HORROR DEL OLVIDO

Otros sienten el horror de la sombra, el horror de la muerte. . . . Desde la hora aciaga en que recibí la noticia de tu partida, yo experimento un horror insensato, invencible, un horror de loco: tengo el horror del olvido.

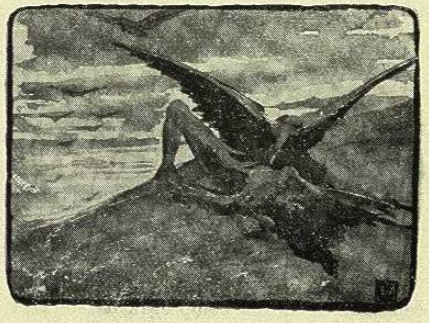
Le tengo miedo al olvido; isla triste de destierro de la que no se vuelve más; tumba maldita donde no brota ninguna flor; cárcel obscura donde no entra nunca un rayo de luz. Porque Dios los ha olvidado, sufren sin esperanza los réprobos en el infierno.

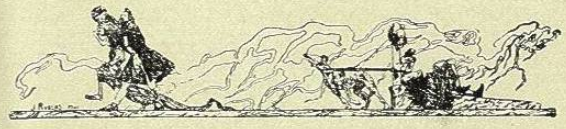
Yo no temería á la ausencia si estuviera seguro de perdurar en tu memoria. Si así fuera, yo pasaría esa melancólica noche en la que los besos que me diste esplenderían como luceros, y las miradas con que me fascinaste titilarían como luciérnagas, y resonarían como el canto del ruiseñor las palabras amorosas con que me cautivaste, esperando sin tristeza que apuntara el amanecer de nuestro encuentro, que saludarían jubilosamente todas las alondras de mi espíritu.

Pero después de mi despedida, que te envolverá de amargura como una salobre onda del océano, yo permaneceré aquí, mirando en todas partes el hueco que quedará con tu partida, teniendo sin cesar ante los ojos la estela cintilante de recuerdos que dejarás en mi existencia, y tú te marcharás á tu país, donde no habrá ningún sitio que te hable de nuestros idílicos transportes, y donde no podré evitar que á mansalva me roben tu corazón, donde cada día depositaba tembloroso los rubíes ensangrentados de mis anhelos y las perlas irisadas de mis ternuras.

Yo te echaré de menos siempre, rayo de luz que disipaste mi fastidio; yo te recordaré de continuo, repique de cascabeles que me regocijaste en mi soledad; yo acariciaré sin tregua, con el exquisito deleite con que se palpa un suave manto de seda, la añoranza de estos

raudos meses de mi monótona vida que recamaste con el oro de tus amores, y tú. . . . ¡oh! cómo me acomete el espanto y tiemblo de pavor, al figurarme que muy pronto el tiempo cavará una profunda fosa en tu memoria, donde sepultará mi recuerdo, cubriéndolo con negras y frías paletadas de olvido.





MADRIGAL MARINO

Fuí contigo aquel día á contemplar la inmensidad del océano, cuyo oleaje que se precipita en impetuosa carrera á morir en la playa, no se cansan nunca de ver los ojos.

Á lo largo del pretil que de ambos lados guarece el muelle, atezados trabajadores que habían terminado sus faenas pescaban; ya sin vida ó agitándose todavía, se destacaban aquí y allá una corvina de azogue, un mero amarillento ó un pargo color de rosa; la barrera del embarcadero ocultábame el vapor que al día siguiente te

arrebataría de mi vista; y en el ocaso, el sol que ya había desaparecido, matizaba el mar con mágicas pinceladas de arco iris y cubría el cielo con purpúreas floraciones de auroras boreales.

Moría la tarde.

Sin darme tregua, yo extendía á tus plantas el albo tapiz de mis adoraciones, como el océano desplegaba sin cesar en la arena la orla blanca de sus espumas.

De improviso cayó á nuestros pies una corvina plateada, que libre del anzuelo que la arrancara á traición de su verdiobscura morada, aun quedó con vida un minuto dando vivos colazos. El afortunado pescador, entretanto, enrollaba en su mano izquierda el cordón de embreado cáñamo, y blandiendo con la otra el sutil gancho de acero provisto del bocado de camaroncillo, por medio de un brusco movimiento hacia atrás, lo arrojaba al azar de las olas.

Seducida luego por la ilusión de aprisionar por ti misma uno de aquellos peces relumbrosos, con tus adorables manos tomaste la cuerda, que sujeta por un cabo á la barandilla se enarcaba á impulsos del aire; á tu lado yo me estremecía sintiendo el roce de tu brazo fresco; se querellaba á nuestros pies el océano undívago; en la

glauca llanura los pelícanos, volando á flor de agua picoteaban en los surcos esmeraldinos, y allá á lo lejos, negras sombras empapaban sus terciopelos en el marino horizonte.

El complaciente pescador que nos había prestado el anzuelo, consultando el flojo bramante que ondulaba á merced de la brisa, y tratando de suavizar la expresión de su fosco semblante, te respondía á tus repetidas preguntas:

—No pica todavía, no pica todavía.

Y como tú que eres la reina de mi voluntad, la virgen de mis adoraciones y la diosa de mis idolatrías, después de una larga hora de espera te quejases de tu poca fortuna, te dije, concentrando toda la ternura que borbollaba en mi corazón, y contemplándome largamente en tus ojos:

¡Qué tontuelos son los peces que no acuden veloces de sus grutas de corales á morder el cebo que ante sus ojillos pende en las ondas encarrujadas!

Si yo fuera uno de esos inquietos habitantes de los submarinos palacios, ya verías cómo me acercaba presuroso á picar el anzuelo que con impaciencia agitas, y tiraba ansiosamente de la cuerda para avisarte que me

habías pescado, y brincando de contento en el aire subía hacia ti, alegre de que me arrancaras de mi castillo de cristal con tus diminutas manos, y gozando con tu júbilo, caía venturoso en el suelo, desde donde te miraría estremeciéndome de amor, mientras llegaba mi último instante para tener la dicha de morir á tus pies.

INDICE

Nueva Circe. 5
Favilas. 8
El soliloquio del espejo. 10
Más allá de las nubes. 15
Maleficio. 33
Nocturno. 37
Miniatura 40
Don Pedro de Alvarado. 42
Conversión. 47
El Águila 50
El Quetzal. 52
Las olas 54
El horror del olvido. 60
Madrigal marino. 63

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Este libro se acabó de imprimir
en México, en la casa
de Ignacio Escalante,
el 18 de Marzo
del año de
1907.

BIBLIOTECA ALFONSINA

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

Joyeles. *Poesías.*

Estela. *Prosa y verso.*

Rimas Japonesas.

EN PRENSA:

O Tama San. *Poema.*

Hojas de Bambú. *Novela.*

NIKKO.

BIBLIOTECA ALFONSINA

Tirada de quinientos ejemplares.

EFRÉN REBOLLEDO.

NIKKO

MEXICO
TIP. DE LA VDA. DE F. DIAZ DE LEON, SUCS.
AVENIDA 5 DE MAYO Y 2A. MOTOLINIA.
1910

Al Barón Silvestre de Marchi della Costa y á la Baronesa de Marchi della Costa en recuerdo del verano venturoso pasado en las montañas del Nikko, bajo el contínuo encanto de los templos de laca roja, de los cedros, de las cigarras y de las cascadas.

E. R.

I

Así una orquesta de mil jocundos salterios, las gayas cigarras, con sus ríspidas estridulaciones, tañen la sinfonía del verano en la sombra caliente del follaje.

Solitario en el cielo color de turquesa, como el espejo de Amateratsu en el interior de un santuario shintoísta, el sol derrama cálidos rayos de luz que anegan las calles de reverberantes reflejos, y adormecen á los árboles que, borrachos de calor, acallan el susurro gárrulo de sus hojas.

Blancas y azules cortinas, donde las ideogramas danzan, cuelgan en el frente de las minúsculas tiendas, donde tiénense en cucli-

llas, las mujeres desvestidas de la cintura arriba y los hombres velados apenas por ligerísimo taperujo, en tanto que los niños duermen al abrigo de tupidos mosquiteros verdes. Afuera, uno que otro kuruma pasa perezosamente chirriando sobre el menudo recebo, y el tranvía de porfiado tintineo y agrio estridor, rueda sobre los rieles relumbrosos, conduciendo escasos pasajeros vestidos de *yukata*. [1]

El áspero graznido de un cuervo rasga de tiempo en tiempo el silencio ardiente de la siesta.

Fugitivos de la temperatura sofocante de Tokio, quién parte para Kamákura, la afamada capital de Yoritomo, donde difundiendo nirvanesca paz, al aire libre y de cara al océano, sonríe divinamente el gigantesco Amida de bronce; quién se dirige á Dsushi, en cuya pacífica playa viviera la infortunada Namiko; quién opta por Chuzenji, por el cono verdioscuro de su Nantaisán y su zafirino lago, guarnecido de soledosos retiros veraneros.

Sentado en el saloncito de mi casa de papel, donde me abanico furiosamente bregando con el calor, á mí me acosa la imagen de un torrente que ruge sin descanso precipitándose por abrupta roqueda; de unos tem-

1. Tela ligera.

plos espléndidos de laca roja que se columbran entre sombrías columnatas de cedros, y de un sonido muy dulce, muy suave, muy velado, de una campana muy sonora, que enfatizando la apacible calma mide el lento curso del tiempo.

El familiar proverbio viene espontáneamente á mis labios:

«Nikko wo minai uchi wa
Keko to iu na.»
«No puede decir magnífico
El que nunca ha visto Nikko.»

Así una orquesta de mil jocundos salterios, las gayas cigarras, con sus ríspidas estridulaciones, tañen la sinfonía del verano en la sombra caliente del follaje.

BIBLIOTECA NACIONAL

II

México es un país que, si va á decir verdad, hoy por hoy no tiene muchos negocios en el Imperio del Sol Naciente, y aparejado á esta propicia circunstancia, gozo del supremo bien de la libertad, porque mi jefe, que disfruta de una licencia, hace pocos días alzara velas hacia el terruño.

Señor de mí propio, por ende, he determinado mi viaje desde la víspera, dando órdenes á mi *boy* para que me aderece mi maleta, ocupándome yo mismo en escoger de mi biblioteca unos cuantos libros raros y bien escritos. En espera de que el Señor Bambú me anuncie que el coche está puesto para en-

caminarme á la retirada estación de Uyeno, abanícome sin tregua con la liviana raqueta de bambú donde sonríe una musmé de ojos oblícuos, ó me enjugo con el pañuelo la frente salpicada de sudor, distrayéndome, ya que no fumo, en posar la vista en los objetos familiares que me rodean: en la muñeca de floreado kimono de crespón azul, que sobre una mesa de laca descuella al lado de una jaula de grillo y de un grupo de raros *netskés*,[1] en el *kakemono*[2] de Daikoku que sonríe bonachonamente en el fondo gris de la *tokonoma;*[3] en el exquisito Utamaro que cuelga del friso de madera; en el pino de ramas retortijadas que culmina al frente, en el enano jardinillo.

El señor Bambú anuncia que el coche está listo:

—*Basha ga kimashitá.*

Cinco horas de fatigoso rodar al través de alagadizos arrozales cuya monotonía una efímera casa de papel rompe de trecho en trecho.

Llegado á la estación de Nikko, cruzo el trajinado andén que resuena con el ruido

1. Botón grabado de madera ó marfil para suspender la tabaquera.
2. Pintura.
3. Estrado.

bronco de las *guetas*,[1] y repantingándome en un kuruma cualquiera, atravieso el cabo de una soberbia calzada de cedros donde suena el cristalino gorgoriteo del agua corriente y recula la espesa turba de sombras apartada por la blanca linterna del kurumaya; remonto la calle principal del pueblo en cuyas aceras se alínean las mal alumbradas tiendas de *yokán*,[2] de antigüedades y de artefactos de madera, y cuando aupado por dos kurumayas más que empujan mi ligero vehículo, subo la pina cuesta en cuyo tope aparece el Hotel Kanaya, percibo el rumor del torrente, que música alegre en el día, arrullo suave en la noche, y encanto eterno de Nikko, clamorea sin reposo en su lecho de peñascos, al pie de la montaña suntuosamente vestida de cedros.

1. Calzado.
2. Jalea de ciruelas.

III

Descálzome de mis borceguíes en el umbral de la limpísima casa de papel, dirijo una rápida mirada á mis escarpines para cerciorarme de que no tienen saltado ningún punto, y precedido por la risueña *nesán*[1] que corre el ligero *karakami*[2] de dibujos de crisantemas, penetro en el salón tapizado de impecables *tatamíes*,[3] donde, en tanto se presenta la Baronesa Narita, pliégome en un cojín veranero al lado de la *tokonoma*, en cuyo fondo color de tabaco cuelga un *kakemono* con

1. Criada.
2. Tabique corredizo.
3. Esteras.

un paisaje montañoso, y sobre un soporte de laca, colocados en un vaso de bronce con supremo buen gusto, albea un manojo de lirios.

En la caliente espesura que se divisa más allá del atildado jardín, las gayas cigarras, con sus ríspidas estridulaciones, tañen la sinfonía del verano imitando una orquesta de mil jocundos salterios.

—*Yoku irashiai mashita*, en entrando, dicen dándome la bienvenida la menuda Baronesa Narita y sus dos más menudas acompañantes, la señorita Nieve, su hija, y su sobrina la señorita Lirio, á quienes, puesto de pie, saludo á la japonesa, inclinándome hasta ponerme en escuadra, sorbiendo ruidosamente y deslizando mis manos hasta mis rodillas.

O suari nasai, prorrumpe invitándome á sentarme la Baronesa, y antes de empeñarme en la conversación, me excuso franco de mi japonés que, tengo para mi coleto, debe pulir todavía mucho tiempo la señorita Ciruela, mi profesora de Tokio.

Para defenderme del calor, la señorita Lirio me tiende un abanico en forma de raqueta, que son los que se usan dentro de casa, reservándose para la calle los plegadizos, y en seguida me ofrece el té verde que la modosa *nesán* trae en una bandeja de madera petrificada de Sendai cargada de diminutos chismes de porcelana.

—*Dozo o cha o agari kudasaimasé.*

La señorita Nieve sonríe exquisitamente, pero cada vez que la miro aparta sus ojos, oscuros y ariscos como las golondrinas.

Vuelto audaz porque la Baronesa ponderara mi habilidad en el manejo de los *hashis* al verme tomar una pastilla de menta con los dos sutiles palillos, comienzo á expresarme con menos trabajo, y animándose la plática hablamos de los hechizos de Nikko; de los templos de laca roja; de las hermosas cascadas; de que está en el pueblo el Príncipe Heredero, y cuando á Tokio le toca su turno, citamos recepciones y bailes en que nos encontráramos durante el invierno, y nombramos mutuos amigos que dispersara por los cuatro vientos el hálito ardoroso del verano.

Cuando me despido profiriendo un cordial *sayonara* [1] al que las tres melífluas voces contestan instándome á volver, *mata irashiai*, la señorita Nieve que como siempre esquiva sus ojos, ariscos y oscuros como las golondrinas, me invita á un paseo al día siguiente á Kirifuri, la cascada de la Bruma que Cae, donde irán también las Kurebayashis, rogán-

1. Adiós.

dome que lleve conmigo al Conde von Vedel, Secretario de Embajada, que como yo se hospeda en el hotel Kanaya.

—No se le olvide á usted, mañana, á las tres en punto en el Puente Rojo, me repite la señorita Lirio.

IV

De estribo á estribo de dos montañas cubiertas de verdioscuros boscajes de cedros, se tiende el Puente Sagrado, bajo cuyo esbelto arco de laca roja precipítase el Daiyagawa de torrentoso y trasparente cauce de jade.

Puntuales á la cita de nuestras amigas, von Vedel y yo, que nos encontramos recodados en el puente que sirve para el tráfico, pues que el Shinkio es sagrado, tanto por conmemorar el sitio donde según la leyenda cruzara el río marchando sobre dos serpientes el Santo Budista Shodo Shonín, cuanto por haber sido reservado primeramente al Shogún y después de la Restauración al Mi-

kado, admiramos la incomparable gracia de su curva, reproducida sin tasa en lacas y en tallados, en acuarelas y en fotografías, y sabedores de la veneración en que es tenido, á tal grado, que á ningún chiquillo le pasaría por las mientes la travesura de saltar por encima del enverjado que lo cierra, convenimos en que, de existir en otro país, no obstaría su carácter de sagrado para que lo atravesasen los pilletes que, en punto á obediencia, no corren parejas con los japoneses.

—¿Ve usted aquel pequeño templo rojo?—pregunta von Vedel extendiendo la mano, donde humea á todas horas un cigarrillo japonés de la marca del Golden Bat.

—Sí, le respondo, siguiendo el movimiento con la vista, es el santuario donde mora el ánima de Yeyasu.

Es un templito que yo adoro, agrega von Vedel, porque el año pasado lo frecuenté en
18 compañía de cierta señora Flor, que tenía el capricho de venir á encomendarse por la noche al espíritu del Shogún, y sonriendo á sus lembranzas, lleva á la boca el cigarrillo del Golden Bat.

Junto pasan en livianos kurumas grupos de trotamundos que rebosan de contentamiento porque han venido al Japón; pedestres de claros kimonos; chicos de cachucha azul y listado *hakama;*[1] crinudos matalotes de carga llevados de diestro por aldeanas de ajustadas calzas obscuras, y rodando perezosamente sobre sus angostos rieles, minúsculas plataformas tiradas por cachazudos toros calzados de sandalias.

Vienen la señorita Nieve y la señorita Lirio luciendo vistosos kimonos y tocadas con rústicos sombreros de campesinas; las Kurebayashis, dos guapas mestizas, vestidas á la europea, y siguiéndolas á guisa de dueñas, dos rollizas *nesán.*

—Hélas allí, prorrumpo á la vez que von Vedel que es muy miope, asesta su monoclo hacia el grupo de las esperadas amigas, las cuales descendiendo por la pina calzada que forma una doble columnata de cedros, se acercan en dirección del Puente Sagrado.

Saludámoslas con un reverencioso *go kin guen yó*, quitándonos los gachos panamáes,
y en tanto que von Vedel se empareja con 19
Irene, la menor de las Kurebayashis, una morena de semblante malayo y ojos de tenebrosidad de túnel, que ha tenido muchos, pero muchos *flirts*, especialmente con diplomáticos por quien tiene cierta debilidad, yo me pongo á la vera de la señorita Nieve, encami-

1. Especie de pantalones muy anchos.

nándonos en esta guisa á Kirifuri, la cascada de la Bruma que Cae.

Apenas queda á la zaga la barraca de la escuela, avistamos el Inarigawa, cuyas márgenes están protegidas por esos largos cestos de rocas que los japoneses llaman *ishi no hebi*, ó sea serpiente de piedra, y marchando entre los grises peñascos de que el anchuroso álveo se encuentra sembrado, pasamos por endeble puente el espumoso río que vuelca sus aguas en el espléndido Daiyagawa.

A un lado culmina el montuoso y solitario peñón del Toyama.

En la opuesta orilla divísase bajo los árboles la estátua sedente y risueña del dios tutelar de los niños.

—O Jizo Sama, dice señalándola la señorita Lirio.

En tanto que cruzamos el jardín de la casa de té de los Ciruelos, y avanzamos por un
20 sendero que es un angosto túnel de follaje que resuena con el canto de las cigarras, conversando ahora con Marta, la mayor de las Kurebayashis, pues que la señorita Nieve va con la señorita Lirio, y von Vedel camina á la delantera en un *flirt* muy animado con la otra Kurebayashi, con que conversando con Marta que tiene que animar con frecuencia el diálogo que yo dejo desmayar distraído, miro el menudo cuerpo de la señorita Nieve que es todo gracia, contraponiéndolo al cuerpo de la mujer occidental que es todo plástica; demoro mis ojos en el bello *kimono* azul de largas mangas floreado de glicíneas y en el nudo del ancho *obi*[1] esmaltado de mariposas; sigo sus pequeños pies, que cubiertos por los blancos *tabis*[2] y calzados de *warajis*,[3] marchan despacito, volviendo las puntas hacia adentro, como dos palomas cuyos picos se buscaran, y contemplo la mata de su pelo que bajo el rústico sombrero cae descogido sobre sus hombros, sintiéndome fascinado por la cascada de hebras lisas y abundosas, que es más negra que las lacas antiguas, más negra, pero mucho más negra que la tinta de China con que la mano delicada de la señorita Nieve traza sobre el papel de arroz las elegantes sílabas del *hiragana*.[4]

Pasamos de largo la O Chaya que hay á la mitad del camino, en que las *nesán* gritan maquinalmente *irashiai, irashiai*,[5] y sentados en sendos cojines un grupo de nipones toman té verde. 21

Otros paseantes que van en *kuruma* suben

---

1 Ceñidor.
2 Medias.
3 Sandalias de camino.
4 Uno de los silabarios japoneses.
5 Venid.

trabajosamente por el ahora empinado sendero; de tiempo en tiempo un pajarillo silba en las frondas ó un gárrulo regato gorgoritea entre la maleza; mientras que, de continuo, las ríspidas cigarras estridulan en la arboleda. En el suntuoso pradal verdesmeralda que se extiende á una y otra vera, se destacan solitarios los lirios de pétalos atigrados y blanquean manojos de cándidas margaritas.

—*Watakushi no suki*, mi encanto, prorrumpe la señorita Nieve indicando un paraje esmaltado de escabiosas, y apartándose prado adentro con la señorita Lirio, tronchan los tallos de las graciosas flores de amatista.

—Hemos llegado, dice von Vedel, al ganar el tope de una rampa donde aparece un cobertizo con rústicas bancas guarnecidas de cojines de estera.

Allá abajo, en el fondo de montuosa hondo-
22 nada, retumba el doble salto de Kirifuri, la popular cascada de la Bruma que Cae, que cuelga como una cortina de cristal en medio de dos murallas de agreste espesura.

Refrescados con un vaso de agua transparente de la dura jornada de tres millas, contemplamos todos en silencio la bella cascada que descendiendo en contacto con el áspero escobio, forma caprichosos pliegues, como las colgaduras, no oyendo por un momento sino el ruidoso martilleo con que las espumosas aguas majan los duros peñascos.

A sugestión de la señorita Nieve que nos precede, ascendemos á un pequeño alcor que se levanta á la derecha, asomándonos al llegar á la cima á un panorama maravilloso que se despliega hasta el horizonte, de montañas, de montañas y más montañas tapizadas de aterciopelada verdura.

La señorita Nieve que ha venido á Nikko en todas las estaciones, me cuenta ahora que ese panorama se salpica de azáleas en la primavera, que en el otoño se torna carmesí con el follaje de los arces, mientras que, en el invierno, aparece cubierto de una espesa y albicante alfombra de nieve, y escuchándola, me doy cuenta de que la presencia de aquella adorable y menuda *ojo san* [1] que tengo al lado, dobla el hechizo del paisaje, poniendo con su espiritual belleza un delicado toque
23 de poesía en aquel espléndido cuadro, y despertándome vagas y profundas ternuras que mueven las mismísimas telas de mi corazón, en tanto que la señorita Nieve no experimenta, sin duda, sino el sentimiento instintivo de su raza por los encantos de la naturaleza, y me sonríe exquisitamente co-

1. Señorita.

mo á cualquier otro interlocutor, porque por refinamiento de cortesía, durante generaciones y generaciones ha sido educada á sonreír así la mujer japonesa.

En el extático silencio que dura solamente instantes efímeros, suena la risa burlesca y sonora de Irene Kurebayashi, que saboreando la voluptuosidad ambigua del *flirt* festeja alguna buena salida de von Vedel.

A la luz de un crepúsculo sin color, el retorno se vuelve melancólico.

Al frente culmina el montuoso y solitario peñón del Toyama; en el cielo de un gris uniforme se dibujan los últimos resplandores del sol que traspusiera el horizonte montañoso, y de raro en raro interrumpe el silencio, ya una frase aislada, ya un buho que se lamenta entre la espesura, ya el gárrulo gorgoriteo de un regato que se arrastra entre la maleza.

En el sendero que es un angosto túnel de follaje donde ahora duermen las cigarras y se asilan las sombras, negrea poniendo una mancha en las mismas tinieblas el pelo suelto de la señorita Nieve.

V.

—Mi querido colega, le digo á mi amigo von Vedel que retira la silla para sentarse á la mesa, se ha cumplido el deseo de usted de comer en este rincón refrescado por el aire que entra por esas dos espaciosas ventanas.

—Ese era mi ideal desde el año pasado.

—Entonces lo felicito á usted, aunque temo que vamos á ser molestados un tanto por el sol.

—No importa, y requiriendo su monoclo para ver el menú del almuerzo, von Vedel ordena: *ichi ban.*

Al oír la orden que no significa otra cosa que *número primero*, la señorita Primavera

que espera al lado, profiere un amable *haí* ó sea sí, y trotando menudamente desaparece por entre las mesas.

En el amplio comedor entra á cascadas la luz por las tres hileras de ventanas japonesas abiertas, desde donde se divisa la suntuosa espesura de los cedros y se oye sin tregua el rumor familiar del torrente á la par que el jocundo chirrido de las cigarras.

A lo largo del friso, y casi tocando el limpio artesonado de madera de trepa, alínease cantidad de estampas que representan los treinta y seis famosos poetas cuyos retratos originales se encuentran en el templo de Yeyasu. Un aparador negro, cargado de vajilla y esquinado en un ángulo, oculta con ayuda de dos biombos la puerta de servicio, mientras que, obstando la entrada, enderézase un cancel donde, delineado con pintura negra, campea un león chino, igual á los que adornan los paineles del templo de Yemisu.

Entre la muchedumbre de gente desconocida sentada á las mesas, trotamundos que llegan hoy y parten mañana, vemos las caras familiares de los de Oviedo y saludamos á los von Junker que, como de costumbre, entran rezagados; él ufano y sanote; ella con su aire de timidez.

Con sus tocados de pelo de ébano mordidos por doradas peinetas y agitando las largas mangas de sus multicoloros *kimonos*, así una parvada de mariposas, van y vienen las risueñas *nesán* que sirven á los huéspedes, produciendo un ligero roce al deslizar en el lustroso entablado sus pequeños pies calzados de sandalias.

—¿Sabe usted? me pregunta von Vedel, en tanto que, con su exageración de buenas maneras, me pide permiso para encender un cigarrillo japonés de la marca del Golden Bat, acabo de aumentar mi colección con un nuevo *baquemono*.[1]

—Un fantasma espeluznante, me figuro; la casa de usted, mi querido amigo, debe de estar poblada de espectros, y pues de compras se trata, ¿recuerda usted esa serpiente de bronce cincelado que compró Fouquet el año pasado en la tienda de las lindas Sasamotos?

—Espere usted, espere usted, ¡ah! ya me acuerdo, una serpiente con dos manchas verdes en el dorso, que según el decir de Fouquet es única?

—Hoy por hoy le puedo asegurar á usted que hay dos cuando menos, porque ayer que visité con los Fouquet algunas casas de curiosidades, ya sabe usted que es su pasatiempo favorito, compré en la propia casa de

1. Pintura de aparecidos.

las lindas Sasamotos una serpiente de bronce cincelado, idéntica á la única de marras, hasta con las tres manchas verdes en el dorso, con la sola diferencia que yo pagué cinco en vez de trece yenes. Imagínese usted ahora la cara de Fouquet.

—Eso realmente no está mal, me contesta von Vedel, en tanto que extendiendo la mano llena su vaso de cerveza negra de Sapporo.

—Y á propósito, la señora de Fouquet me encargó que invitara á usted á almorzar mañana, á la una, creo que estarán también las de Oviedo, las Naritas y las Kurebayashis.

—Cómo son amables los Fouquet, y yo que no les he hecho todavía una visita.

La señora de von Junker, sin embargo, se pone severa, porque von Vedel y yo nos bromeamos con la señorita Primavera, la cual, no sabiendo qué hacerse, ora se pone sobre un pie, ora sobre el otro, hasta que, sintiéndose en cobro al oír que von Vedel le pide la fruta, *kudamono wo kudasai*, vuelve la espalda, y contenta de verse libre, se escapa al pequeño galope.

VI

Salvo la impresión, muy vaga por otra parte, que producen los trotamundos, desconocidos que llegan hoy y parten mañana, es bastante monótono el deslizarse de los días.

Su Excelencia von Junker que es muy, pero muy metódico, sale todas las mañanas á las ocho, calada la cachucha, para volver á las nueve, repitiendo su paseo de cuatro á seis de la tarde; con tanta exactitud, que von Vedel, cuando está en el corredor, requiere su reloj diciendo:

—Las seis, von Junker que vuelve de su paseo.

La señora de von Junker con su vestido

blanco y su cinturón de seda azul, evitando encuentros, se escurre con su aire de timidez, haciendo cortas excursiones con sus hijos, unos niños rubios muy gordos. La señora de Oviedo, con su sombrero de fieltro negro y su magnífico collar de dos torces de perlas, sentada en el corredor de barandal rojo, lee sin acabar nunca la Princesse de Science ó enrolla y desenrolla su pañuelo liliputiense, en tanto que de Oviedo, que es Encargado de Negocios de una República Sudamericana, vestido de kaki y encasquetado su casco colonial gris, charla con todos contando alguna historia que comienza invariablemente:

—Cuando yo era Introductor de Ministros.....

En cuanto á von Vedel y á mí, hurgamos sin descanso las tiendas de curiosidades, cuyos objetos nos vanagloriamos de conocer personalmente, regateando con porfía, él un nuevo *baquemono;* yo alguna artística chuchería.

En el amplio comedor de limpio artesonado de madera de trepa y tres filas de ventanas japonesas abiertas, un día se presenta Su Excelencia Labinski, hablando muy despacio y muy recio.

—¿Baja Vuestra Excelencia á Tokio?

—¿Viene Vuestra Excelencia de Chuzenji?

Otro día, cabe la marquesina en cuyo cielo junta los extremos de sus alas un fénix de madera tallada, los Fisher requieren sus *kurumas* en los que también acomodan sus *fox-terriers.*

Suben á Chuzenji.

Aquí no huelga el apuntar que el ir y venir á este sitio constituye la efeméride más notable de la vida poco variada de Nikko.

Y bien, ¿son éstos los encantos del veraneo? ¿Para esto solamente se dejan las comodidades de su casa en Tokio y viénese á padecer las molestias de la vida de hotel, entre otras mil, la forzada comunidad de todas las horas que á las veces engendra odios negros por los camaradas más íntimos?

En primer lugar, en Tokio durante este tiempo el aire es irrespirable, y en seguida el encanto del veraneo radica en el cambio que es el alma misma del esparcimiento. El encanto lo forma el no escribir en la cancillería los sobados despachos que comienzan con un solemne «Señor Embajador,» «Señor Ministro» y concluyen con un meloso «Le ruego á Vuestra Excelencia que acepte, Señor Embajador,» «Sírvase Vuestra Excelencia aceptar, Señor Ministro,» etc. El encanto está en el no tener que requerir la levita porque es el se-

gundo martes de la Baronesa Fulana ó el tercer jueves de la Condesa Zutana, y en el no haber de ponerse el frac para asistir á alguna soporífera comida en la que no esperan todos para escaparse sino que se despida el invitado de mayor jerarquía. El encanto estriba, principalmente, en la vida en contacto íntimo con la naturaleza, lejos de los afanes de la capital; en marchar en medio de columnatas de cedros que forman tupidas bóvedas de follaje y en aspirar el efluvio corroborante de sus perfumadas resinas mezclado con el embriagador aroma de la tierra mojada, en tanto que suena la garrulería contínua de las cigarras. El encanto reside en el agua proteica, que halagando los ojos cuelga en cortinas, flota en flecos, se desteje en cintas y se desgrana en diamantes; en el agua sonora, que hechizando el oído retumba en las cascadas, arrulla en los ríos, gorgea en los regatos, charla en los chorros y cuchichea en las gotas cristalinas.

Al principio solo con buen tiempo, y después á despecho de la lluvia, von Vedel, de Oviedo y yo, bastón en mano, partimos á rudas caminatas de ocho y diez millas, á las que vamos, von Vedel á la vanguardia, con su monoclo y su cigarrillo del Golden Bat; de Oviedo á ratos cantando, á ratos charlando; yo más bien silencioso; de las que volvemos empapados, sudorosos, rendidos en apariencia; pero en realidad con acopio de salud y de fuerza.

Ya trepamos á las montañas, desde cuyas cimas sembradas de lirios, divisamos bajo la lluvia, en medio de una mancha de sol, las casas grises del pueblo y el Daiyagawa de plata, que corriendo en su lecho rocoso desaparece en la lejanía bajo un mágico puente de siete colores; ya caminamos por la calzada de cedros, de hasta veinte millas de largo, mandada plantar por un *daimio* para sombrear el camino que conduce al mausoleo de Yeyasu, marchando horas y horas para ver la avenida en toda su magnificencia, y no encontrando ¡ay! sino fragmentos de la antigua columnata gótica, y á los lados, hutas miserables de sórdido aspecto, de donde sale gritando la legañosa chiquillería:

—*O hayo ijin san.*

—Buenos días, señor extranjero.

Otras veces, y von Vedel y yo nos perecemos por estos paseos, nos dirigimos con las Naritas y las Kurebayashis rumbo á alguna cascada. Mi amigo enzarzándose más y más en su picante *flirt* con Elena Kurebayashi, y yo á la vera de la señorita Nieve, que me sojuzga con sus miradas zahereñas y su son-

risa de ambrosía, vamos á Kirifuri, la popular cascada de la Bruma que Cae, porque de lejos se aparece como una gasa de niebla; ó á Urami, la cascada que se ha de ver por Detrás, para contemplar al través de su líquido cortinaje, luciendo con cintilaciones de ópalo, los siete cambiantes del prisma; ó á Somén, la cascada de los Fideos, porque su caudal remeda un fleco de blancos cordones; ó á Jakko, la cascada que se precipita formando Siete Dobleces, ó á Mákura, la cascada de la Obscuridad, porque está escondida en un negro dédalo de espesura.

VII

—*Yoi tenki de gozaimasu,* hace buen tiempo, me dice la señorita Primavera, y en efecto, aquella mañana de fines de agosto, el sol, como si enamorado de la naturaleza estuviera, le prodiga sus ardientes caricias; diáfano aparece el espacio; azul el cielo que rayan aquí y allá dispersas vedijas de nubes muy desleídas. Cosa bastante rara en Nikko durante el verano, se perfilan las crestas de todas las montañas, inclusa la cónica y lejana de Nantaisán. El torrente, como de ordinario, ruge sin descanso precipitándose por la abrupta roqueda, y en el opulento follaje que se divisa desde las ventanas del comedor, las

gayas cigarras, con sus ríspidas estridulaciones, tañen la sinfonía del verano imitando una orquesta de mil jocundos salterios.

Allende el puente de laca roja, pasan los jamelgos que cotidianamente acarrean provisiones á Chuzenji y las pequeñas plataformas tiradas por pacienzudos toros que transportan las barras de cobre de las minas de Ashio. Cabe los cedros, con su cayado á la vera, cobijados con una estera á modo de capa, cubiertos con sus pajizos sombreros de embudo, vestidos de blanco, se tumban á descansar los peregrinos.

Movido por la alegría de la mañana, siento como una especie de bochorno al considerar que, no obstante mis veleidades de artista y mi permanencia en Nikko, que se ha prolongado ya luengas semanas, no he ido todavía en peregrinación á los templos, esa esplendorosa visión de púrpura que se columbra entre las sombrías columnatas de cedros.

Aunque presuponía ir solo, allá me dirijo en compañía de de Oviedo, que lleva consigo á su hijo Paquito, y de von Vedel que nos avizorara en el momento de la salida.

En el frente de las tiendas, coros de peregrinos regatean trebejos de madera labrada y laca roja donde campean el indispensable Puente Sagrado y los consabidos *san biki saru*, ó compran el dulce *yokán* para los regalos y puñados de picante *togarashi*. [1]

Al llegar á la ancha calle que da al templo de Yeyasu, de Oviedo pregunta si será tan larga como un Dreadnaught, y para comprobarlo, procede á medirla con von Vedel, dando pasos de á yarda.

—Es más largo un Dreadnaught, observa triunfalmente de Oviedo.

—Engaña mucho la perspectiva, replica von Vedel.

Paquito, que no obstante ser un chico de ocho años, despotrica sobre asuntos graves, repite de memoria algo sobre los torpedos.

Corpulentos troncos, al descuajarse, desajustaran los peldaños de la gradería en cuyo tope abre sus esbeltas jambas un *torii* [2] de granito, cediendo el paso á un patio á cuya izquierda campea una gallarda pagoda de púrpura, que con ser de cinco techos sobrepujan en altura las espléndidas copas de los cedros.

Allí, en el cabo de esa escalinata, está la puerta Niomón, de magnífica laca roja y cinceladas guarniciones de azófar, con dos nichos donde se muestran en actitudes amenazadoras dos descomunales gigantes escarla-

---

1 Pimiento.
2 Especie de arco.

ta, el uno abierta, el otro cerrada la boca. En los topes de los pilares sobresalen enormes cabezas de elefantes y de *bakus*, los legendarios monstruos que devoran las pesadillas, mientras que, en los entrepaños ábrense sonrosadas corolas de peonías, yérguense gráciles ramas de bambú, y bajo la negrura del techo alíneanse leones, unicornios y *takujos*, las fieras que tienen el dón de la palabra.

Allende Niomón extiéndese otro patio que se acoda dos veces, guarnecido de linternas de piedra, con su copete de musgo. En los tres pabellones fronteros están guardados tesoros del templo, notándose en el dintel del último dos elefantes, cuya excelencia estriba en que tienen al revés las articulaciones de las rodillas. Ese árbol protegido por una barandilla de piedra, fué un árbol enano que el gran Yeyasu acostumbraba llevar en su palanquín, y junto piafa un palafrén que los
38 romeros regalan con diminutos platos de granos, en tanto que, en el costado de la sagrada caballeriza gesticulan los famosos *san biki saru*, los tres monos que con sus emblemáticas actitudes, predican que no se debe ver, ni oír, ni decir nada malo. Aquesa cisterna de un solo bloque de granito, cerca del *torii* negro, abrigada por un techo que adornan alados dragones, y de donde se desborda el agua en manteles de transparente cristal, es la cisterna de las abluciones.

Otra gradería conduce al siguiente patio, decorado con linternas de bronce, presentes de *daimios* vasallos; con las torres del tambor y de la campana, y con candelabros, campanas y linternas enviadas por Liuchiu, Korea y Holanda, que el Japón Shogunal considera sus tributarios.

En este patio, von Vedel y yo, argüimos sobre si habríamos ó no habríamos de entrar en el Yakushi, templo del dios tutelar de Yeyasu, acabando por visitarlo, porque no lo conoce de Oviedo.

—Me fastidia esto de quitarme los zapatos, rezonga von Vedel, arrojando sobre las piedras el cabo de su cigarrillo del Golden Bat, en tanto que nos descalzamos, sentados en los fríos peldaños de laca negra.

Frisos de fénices adentro, dioses dorados,
y en el cielo un dragón de Kano Yasunobu 39
que, según explica el guardián, gruñe cuando se le perturba, y para probarlo, bate las manos, cuyo palmoteo hace, que por razón del eco, rechinen los dientes de la fantástica bestia.

Delante de la puerta Yameimón, los peregrinos japoneses oyen la maquinal explicación que su guía les canturrea, en tanto que

los trotamundos consultan su Murray de pasta colorada. Los blancos pilares están entallados de finos meandros, interrumpidos de trecho en trecho por medallones, en uno de los cuales lucen, al lado izquierdo, dos tigres cuyas rayas forma la veta de la madera, y que pulen, comenzando ya á desgastarlos, los pulgares de los viajeros. El pilar contiguo tiene las curvas del dibujo geométrico invertidas, con objeto de no despertar con la perfección la cólera de los celosos dioses. En los nichos de por de fuera, adornados con relieves de peonías, velan los arqueros Sadaijín y Udaijín, con sus goldres á la espalda, mientras que, en los nichos de por de dentro, vigilan los canes Ama Inu y Koma Inu. Desde el techo hasta los capiteles, abren las fauces dragones blancos y dragones dorados, entre cuyas hileras marchan grupos de músicos y concursos de sabios, prevaleciendo en todo una pompa de color y un lujo de talla, que sin embargo, no deben de haber sido sino un juego para la cepa de artistas á la que pertenecen los artífices de los *inros* [1] y los miniaturistas de los *netskés*.

Suenan las broncas *guetas* niponas en el embaldosado del siguiente patio, donde en un gabinete, á la izquierda, están contenidos los palanquines sagrados.

He ahí la puerta china Karamón, de columnas taraceadas de dragones, con arrequives en los batientes que son ramas de ciruelo, y adornada bajo el techo con sabios chinos, en tanto que sobre el dintel, se muestra el Emperador Gyo con su corte.

—En el fondo todo esto no vale nuestras catedrales, dice von Vedel, á la vez que nos despojamos de nuestros borceguíes.

—Yo tengo para mí, observo, que hay que ver las catedrales, como catedrales, y los templos budistas como templos budistas.

Paquito que tiene el débil de la política, opina que no habrá nunca guerra entre el Brasil y la Argentina.

Una estera en cuyo extremo yacen esparcidas las monedas de cobre que los devotos lanzan á la parrilla de una enorme alcancía, lleva al oratorio, cuyas puertas talladas y plegadizas rutilan de doraduras.

En el santuario shintoísta de paineles guarnecidos de *bakus*, los legendarios monstruos que devoran las pesadillas, y en cuyo friso se enhilan los retratos pintados por Tosa, de treinta y seis famosos poetas que florecieron en el reinado del Emperador Gomizu, reluce el espejo de Amateratsu y cuelgan

1 Cajas de medicinas.

BIBLIOTECA ALFONSINA

las simbólicas tiras de papel blanco y papel dorado, llamadas *gohei*. A cada lado hay además una antecámara: la de la derecha, destinada al Shogún, con paineles de fénices, y en el cielo el blasón trifoliado; la de la izquierda, consagrada al Emperador, con paineles de águilas y la imperial crisantema. Detrás recátase la Cámara de Piedra, de artesonado de dragones y áureo fondo de talladas peonías, en la que, sentado frente á una mesa enana, un sacerdote revestido de blanco escancia á los fieles tazas de dorado *saké*. [1]

Los peregrinos japoneses sentados sobre los talones, oyen la maquinal explicación que su guía les canturrea, en tanto que los trotamundos van y vienen consultando su Murray de pasta colorada.

Arrojado el óbolo de rigor en la tribuna que aparece á la derecha, camino de la tumba de Yeyasu, levántase una vieja de cara amojamada y formas canijas, que con una sonaja en la una mano, y en la otra un abanico, se balancea acompasadamente, agitando su indumenta blanca. Es la bailarina sagrada. 42

Un pequeño gato pintojo, esculpido por el zurdo escultor Hidari Jíngoro, aovíllase en el dintel de la puerta que da entrada al mausoleo, al cual se asciende por una rampa en

1 Vino de arroz.

zigzag de doscientos peldaños, con largos rellanos de trecho en trecho, sombreada por el baldaquino espléndido de los cedros donde algarean jocundamente las cigarras, y adornada por el musgo que guarnece la pétrea balaustrada de tupidos guardapolvos y de suaves pasamanos de terciopelo.

Frente á la tumba en forma de pagoda, ante la que están puestos una cigüeña sustentada por una tortuga, un pebetero y un vaso de lotos, todo sobrio y de bronce, me complazco en repetir el lapidario aforismo del glorioso Shogún:

—Después de la victoria, el soldado debe apretar el barboquejo de su casco.

—¿Qué tiempo pueden tener los templos de Nikko? inquiere de Oviedo, cuando descendemos la rampa para dirigirnos al templo de Yemisu.

—Al rededor de trescientos años, le contesto, y como habrá usted notado, siempre se encuentran en obra, entablándose una lucha contínua, entre el hombre que repara y la humedad que destruye, y en cuanto al musgo que presta á todo un aire de vetustez, no le dé usted crédito, porque lo mismo verdea en la tumba del Príncipe Hitashirakawa que murió en 95 durante la campaña de Formosa. 43

—En el fondo, advierte von Vedel, de todo esto no es hermoso sino el sitio.

Una antigua linterna de bronce con cantidad de mellas, que desvaneciendo el encanto, le infiriera un impávido *samurai*, es la mentada linterna duende, que sobresale entre una fila de linternas de piedra á espaldas del austero santuario shintoísta de Futa Ara.

Magüer que el templo de Yemisu es más sencillo que el de su antepasado Yeyasu, su belleza está constituída, con ligeras variaciones, por las mismas puertas custodiadas por gigantes; por los propios patizuelos guarnecidos de linternas; por semejantes fábricas rojas de techos negros, arremangados como cuernos; por iguales adornos de tigres, de dragones y de fénices, en los que están prodigados pompas de color y lujos de talla, que sin embargo, no deben de haber sido sino un juego para la cepa de artistas á la que pertenecen los artífices de los *inros* y los miniaturistas de los *netskés*.

—Va á ser medio día, observo, deteniéndome al lado de un bello vaso de bronce verde donde se asoma un dragón, ¿quiéren ustedes que vayamos á oír sonar las doce por la campana de Magwanji?

—Con mucho gusto, me contestan.

Para ganar tiempo, aunque nos molesta descalzarnos, subimos la tendida escalinata del airoso templo de dos techos, y atravesando el desajuareado recinto, doblamos hacia lo que pudiera llamarse el ábside, donde, después de pagar al bonzo, vislumbramos en la sombra las tres gigantescas figuras sedentes sobre lotos dorados de Amida, de la Kwanón de Mil Brazos y de la Kwanón de Cabeza de Caballo.

A un lado del templo se endereza la columna de bronce Sorinto, erigida para ahuyentar los malos espíritus. En frente, en el cabo de una gradería de piedra, al abrigo de un pabellón cuadrado de madera que ha tomado tonos grises con la intemperie, se destaca la campana que norma la pacífica vida de Nikko.

Von Vedel señala una culebra que se desliza sobre un tapete de yerba, avanzando con ondulaciones elegantes, hasta perderse debajo de una peña.

De Oviedo se sienta con Paquito en la escalera, y von Vedel y yo subimos al kiosko.

Suspendida de un garfio de hierro por la oreja que forman las cabezas de dos dragones, cuelga la hermosa *tsurigané* que las auras húmedas de los cedros vistieran de una magnífica pátina verde; en la curva de su

cuerpo, que se ensancha armoniosamente, como una bella cadera de mujer, resaltan hileras de adornos salientes á manera de tachones, y en el contorno que desciende perpendicularmente, como el paño de una túnica, campea el blasón trifoliado de los Tokugawas, en medio de ideogramáticas inscripciones. A un lado pende un pesado leño sostenido con cadenas por los extremos, que al golpear el borde de la campana por el borde de afuera, la despierta de su tranquilo sueño de bronce.

La pequeña cascada que cae allende el templo, charla muy quedo, y de los cercanos bosques llega amortiguado el bullicio de las cigarras.

Vestido con su *kimono* obscuro se aproxima el viejo campanero de perfil apergaminado, sube las gradas de la escalera, le da dos ó tres palmadicas á su *tsurigané*, requiere con entrambas manos la maroma que impulsa el madero, y echándose hacia atrás lo retira con toda su fuerza.

Todo calla.

En el diáfano ambiente del medio día resuenan entonces hasta doce campanadas, cuyas vibraciones al principio rotundas, vibrantes, jubilosas, se desvanecen poco á poco en roces de alas de seda y zumbos de élitros satinados, reproduciendo ese sonido muy dulce, muy suave, muy velado, que enfatizando la apacible calma mide el lento curso del tiempo.

BIBLIOTECA ALFONSINA

VIII

—¿Sabe usted qué significan esas ramas de bambú adornadas con tiras de papel que hoy festoneaban el frente de las casas? pregunto cierta noche en que me encuentro sentado á la mesa con von Vedel.

—¿No lo sabe usted? me replica con asombro, no obstante que él, según supe después, hasta ese verano leyera la romántica conseja en uno de esos libros de historias japonesas, que deberían llamarse cofres de joyas del espléndido Lafcadio Hearn. En el festival de Tanabata Sama, que es hoy, continúa von Vedel, los japoneses ponen esas ofrendas en honor de dos estrellas que se encuen-

tran en conjunción en la Vía Láctea, y que al decir de la fábula son dos amantes infortunados.

Fuerza es convenir en que von Vedel fué muy suscinto en su relato, como que no tenía otro objeto que contestar á mi pregunta, y cuando más tarde me vino la idea de escribir este mamotreto, entráronme deseos de narrar á mi guisa la exquisita leyenda nipona atañedera á achaques de amor, contando cómo se prendaron uno de otro dos habitantes de las cerúleas praderas; cómo después de unidos fueron condenados á separarse porque descuidaran su boyada de silenciosos luceros; cómo los infelices esposos suspiran con febril espectación por la séptima noche de la séptima luna en que les es dado verse en el Río Celeste, y cómo en esa fecha los japoneses, dando vado á sus contenidas ternuras, se levantan de mañanita á cortar ramas de bambú y recoger el rocío cuajado en las corolas de los lirios para aderezar la tinta con que escriben en fajas de papel sentimentales poemas; pero después de titubear un momento, desistí de mi propósito, porque por una coincidencia muy fácil de explicar, yo leí el cuento en el mismo libro, y por ende, rehusé vestirme con las galas, que á mí no me sentarían bien, del magnífico estilista.

Con sus tocados de pelo de ébano mordidos por doradas peinetas, y agitando las largas mangas de sus multicolores *kimonos*, así una parvada de mariposas, van y vienen las risueñas *nesán* que sirven á los huéspedes, produciendo un ligero roce al deslizar en el lustroso entablado sus menudos pies calzados de sandalias.

Afuera, en el corredor de barandal rojo, se encuentran sentadas las Naritas y las Kurebayashis, que fueran á visitar á una señora inglesa muy magra y muy peculiar que padece de insomnios.

Salidos del comedor, yo las abordo, pero no von Vedel, quien observa que le antipatiza el tipo que está con ellas, y se aleja mohino, fumando su cigarrillo de Golden Bat.

En cuanto á ese tipo es otro joven conde, muy regocijado, que se aloja desde hace días en el hotel y que sustituyera á von Vedel en el favor de la inconstante Irene Kurebayashi.

Cuando la señorita Nieve se despide, el otro joven conde y yo pedimos permiso para acompañarlas, y dejando atrás el Puente Sagrado cuya púrpura sobresale entre el sombrío boscaje de cedros, encaminámonos ribera arriba del Daiyagawa, que ruge sin descanso precipitándose por la abrupta roqueda.

A la vanguardia va Irene Kurebayashi, en un *flirt* muy animado, riendo burlona y sonoramente de los avances del otro joven conde; flirteando por deporte, por costumbre, como baila y como juega al *tennis*, demasiado segura de que no se ha de abrasar su cuerpo que tiene el humor frío de las salamandras, y consciente de todo, no obstante, como uno de esos ambiguos tipos prevostianos.

En las pequeñas *chamisés* [1] que se alínean al borde del torrente, brillan redondas linternas ornadas de ideogramas; tintinean los *zuzumushis* [2] presos en sus jaulas de miniatura; recórtanse sombras chinescas en los traslúcidos *shojis* [3] de papel de arroz, y llenando el alma de dulces tristezas una cuitada flauta vierte sus lágrimas melodiosas.

—*O hoshi sama ga kirei de gozaimasu ne*, ¿no es verdad que están muy bonitas las señoritas estrellas? me interroga la señorita Nieve.

Presa de emociones muy hondas para ser definidas, levanto entonces la vista hacia el firmamento guarnecido de estrellas, donde esa noche, que es el festival de Tanabata Sama tienen cita en el Río Celeste dos luceros enamorados, y volviéndome de nuevo á mi compañera, admiro en silencio y con idolatría su semblante más blanco que el marfil nuevo, la mata de su pelo suelto, más negro que el Misterio, más negro que la Desesperanza, más negro, pero mucho más negro que el Olvido; su esbelto talle cuyo donaire realza el ligero *kimono* de largas mangas floreado de glicíneas y el nudo del ancho *obi* esmaltado de mariposas; su encanto irresistible y su gracia única que solamente el Recuerdo puede reproducir con sus mágicos toques de ternura y de tristeza.

1. Tenduchos.
2. Insecto que estridula imitando el sónido de un cascabel.
3. Tabiques.

BIBLIOTECA ALFONSINA

IX

El agua transformóse primero en azules y transparentes nieblas que flotaron sobre el torrentoso cauce del Daiyagawa; que se columpiaron, envolviéndolas con sus impalpables tules, sobre las colgaduras de encaje de las cascadas, y como silenciosos vuelos de palomas se guarecieron en las espesas copas de los cedros; convirtióse luego en traslúcida bruma, al través de cuyo velo se adivinaron todavía las cimas de las montañas, lo mismo que en ciertos *kakemonos;* trocóse después en plúmbeas nubes como masas de humo que se aglomeraron, se aglomeraron, ocultando el techo zarco del cielo, y tornóse

á la postre en tozuda lluvia que cae sin cesar colgando en flecos cristalinos de los tejados y formando pezones en los charcos amarillentos.

—*Shikata ga nai,* me dice la *nesán* muy amable y muy fea que aliña mi cuarto, como exclaman los japoneses cuando una cosa no tiene remedio, resignándose con oriental fatalismo.

—Es verdad, le contestó, *shikata ga nai,* no tiene remedio, como al mismo tiempo que encaminando al cielo nublado la mirada de sus ojos oblícuos, me afirmara la señorita Pelota, y tomando uno de los libros que traje conmigo, diríjome sin mucho entusiasmo al corredor de barandal rojo, donde me encuentro con casi todos los huéspedes que como yo se enmohecen en Nikko, en espera de la procesión cuyo trasunto luce en una estampa apaisada sobre la pared del salón de lectura.

Requiero mi libro en octavo de forro amarillo que resulta ser las Japonerías de Otoño de Pierre Loti, y me acuerdo, no sin ser bañado por una onda melancólica, que hace mucho tiempo, en una época en que no me imaginara al menos venir al Japón, allá muy lejos, en el terruño ahora distante miles de millas, leí con fruición ese propio libro, saboreando goloso su rareza, y siempre bañado por la misma onda melancólica, ábrolo en el capítulo sobre Nikko.

¡Cuánta inexactitud! Nikko, por ejemplo, no es la necrópolis de los Emperadores Japoneses, sino una extensa comarca, en uno de cuyos parajes, eso sí, el más hermoso, se esconden los magníficos mausoleos de dos Tokugawas. Y luego, el canto de las cigarras en el otoño; no, esto es demasiado, pienso, y no obstante leo, leo sin tregua, y con la misma delicia que en la época en que no me imaginara al menos venir al Japón, las brillantes páginas de estilo límpido y rodado, semejante á una conversación muy espiritual, con dejos de fisga, me parece, del brujo escritor que con sus fantásticas pinturas de lueñes tierras engaña á la par que deleita á sus maravillados y atónitos lectores.

CAPILLA ALFONSINA

X

Muy trivial la procesión vista aquella mañana lluviosa de septiembre desde los pabellones aderezados á ese propósito en la ancha avenida que lleva al templo de Yeyasu.

A la vanguardia, calle abajo, se acerca la litera sagrada, á la que siguen una rama de árbol conducida por una veintena de gente, la falange de lanceros y la tropa de leones figurados por una descomunal cabeza de felino y por un tapiz manchado, debajo del cual se ocultan tres hombres, formando así un león de seis patas. Precedidos por sus espoliques, los graves sacerdotes shintoístas oprimen los lomos de sus jacas, apoyándose

en los pesados y curvos estribos, tocadas las cabezas con unas gorras negras á guisa de copetes, y resguardados del menudo cernidillo con enormes paraguas tenidos por pedestres villanos. Les sirve de escolta un tropel de enjaezados palafrenes y un grupo de bailarinas sagradas. Desfilan luego los escopeteros, arqueros, compañías de soldados con sus cascos de cartón y sus armaduras de oropel, y, cómo se echa de ver que aquellas improvisadas legiones que marchan sin ritmo y portan las armas á su talante no están compuestas por los fieros *samurayes* de Hideyoshi que partieran á la conquista de Corea, ni por los invictos guerreros que fueran con Oyama y con Nogui á los campos de victoria de Muckden y de Puerto Arturo. En seguida vienen los enmascarados, un tambor, una campana, muchachos disfrazados de monos, y cerrando la marcha, la banda de

músicos que tañen sus ríspidos y desacordados instrumentos.

A la zaga de la procesión se agregan ahora los espectadores, mezclados extranjeros y japoneses, guareciéndose de la llovizna con sus paraguas de seda negra ó de amarillo papel de aceite.

Frente á la casa de la Baronesa Narita los de Oviedo y yo saludamos á la señorita Nieve que, abrigada con un *haori*[1] azul, aguaita el cortejo detrás de los entreabiertos *shojis* de los altos de su casa de papel, y en tanto que perdido entre la turba nipona vestida de fiesta, diríjome rumbo al templo donde tendrán lugar las danzas sagradas, pienso melancólicamente en que la señorita Nieve, sin saberlo, con su espiritual belleza había bordado un sueño de oro en mi vida y puesto un delicado toque de poesía en el soberbio cuadro de Nikko, durante aquel raudo verano refrescado por las auras aromáticas de los cedros, y musicado por las dulces flautas del agua y los jocundos salterios de las cigarras.

Nikko, Septiembre de 1909.

1 Especie de sobretodo.

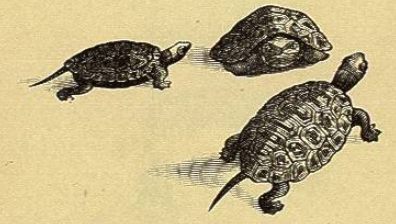
BIBLIOTECA ALFONSINA

BIBLIOTECA ALFONSINA

Este libro se imprimió en
los talleres tipográficos de
Vda. de F. Diaz de
Leon, Sucs.
1910

BIBLIA ALFONSINA

Rimas Japonesas



BIBLIOTECA CENTRAL

Del mismo autor:

Joyeles (Poesías)
El Martirio de Mona Lisa (Prosas)

Rimas Japonesas

Efrén Rebolledo

Printed at The Tokyo Tsukiji Type Foundry
TOKYO, 1915

CAPILLA ALFONSINA

Tirada de 500 ejemplares

INDICE

Venus Aurea	4
Dai Butsu	7
Danza de Gueshas	9
El Fujiyama	11
La Ciudad sin Noche	13
Komako	17
Tamako	19

BIBLIOTECA ALFONSINA

Venus Aurea

Se prosterna hasta besar la limpia estera,
Y sentándose medrosa en sus talones
La Señora Flor, me mira zalamera
Prometiéndome exquisitas emociones.

Yo sentado en un cojín tomo té verde
A la vera del jibachi mortecino,
Y en un bosque laberíntico se pierde
Mi razón ante aquel cuerpo femenino.

En tus ojos hay tinieblas de misterio
Jana San y no comprendo tu lenguaje,
Y no obstante me sometes á tu imperio
Con tu exótico tocado y con tu traje.

Tal vez guardas un magnífico tesoro
De ternuras ignoradas y felinas,
Tal vez eres una bella estatua de oro
Y me hechices con tus formas ambarinas.

Tenue lámpara ilumina con su escaso
Resplandor un antiguo kakemono,
Y unas áureas crisantemas en un vaso
Se doblegan con posturas de abandono.

Cual se rompe con el viento un casto lirio
De tus galas vaporosas te despojas,
Y ofreciéndote obediente á mi delirio
Te deshojas, te deshojas, te deshojas.

Tu cintura es más endeble que un arbusto,
No se esparce tu enlutada cabellera,
Son muy tímidas las curvas de tu busto
Y muy sobria me parece tu cadera.

Mas tu espasmo es come un tierno espasmo de ave,
Tus miradas si no ardientes son sumisas,
Es tu cuerpo de una seda muy suave,
Y tus labios un venero de sonrisas.

BIBLIOTECA NACIONAL

Dai Butsu

A Luis G. Urbina

Con tu dulce mirada que divisa
Hacia adentro, y sentado en áureo loto
Me haces pensar en un edén remoto
Que más allá del mundo se precisa.

Resplandece en tu rostro una indecisa
Felicidad, la luz de un sol ignoto,
Y por más que te miro nunca agoto
La benéfica miel de tu sonrisa.

Los siglos se sumergen en la obscura
Noche del infinito, la doliente
Humanidad, gimiendo de amargura

Se arrastra ó trepa en triste caravana,
Y tu sueñas, Dai Butsu, eternamente,
Gozando del reposo del nirvana.

Danza de Gueshas

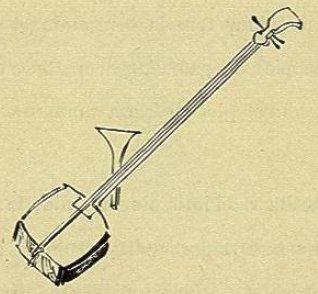
A José Juan Tablada

Una guesha de cabello recogido con prolijas
Elegancias, templa y templa sonriendo el oriental
Chamisén de piel de gato, largo cuello y tres clavijas
Que tocado cen el plectro lanza notas de metal.

Y otra guesha de kimono recamado de linternas
Y obi excelso que reluce cual magnífico tisú,
Borda un baile de posturas ora crueles, ora tiernas,
Que en gentil escorzo doblan su cintura de bambú.

Mientras la una guesha danza, la otra guesha tañe y canta,
Y suave come el zumbo de un insecto es la canción
Que monótona destila del panal de su garganta
Evocando los idilios y los triunfos del Japón.

Los soberbios samurayes y los daimios arrogantes
Otro tiempo las oyeron apurando el verde té,
Y admiraron sus vestidos y sus cintos coruscantes
Al través de las doradas transparencias del saké.



El Fujiyama

De la fresca mañana á los albores
Luce kimono cual de leve espuma,
Y poco á poco su perfil se esfuma
En el cielo bañado de esplendores.

Recama el orto de radiantes flores
La vaporosa y matutina bruma,
Y lo mismo que en plato de Satsuma
Resalta en una fiesta de colores.

Su triángulo de gráciles aristas
Es tema familiar de los artistas
Que lo dibujan amorosamente,

Y zarco delta de argentado pico,
Se recorta mintiendo un abanico
En los brocados rojos del poniente.

La Ciudad sin Noche

A Bartolomé Carbajal y Rosas

Derraman á lo largo de la avenida
Las alegres linternas su refulgencia,
Y un sauce que es emblema de bienvenida,
Al noctámbulo ofrece grata acogida
Inclinándose en signo de reverencia.

Cada globo purpúreo parece broche
De loto ensangrentado, todo es derroche
En las gárrulas calles del Yoshivara,
Que pregona luciendo con pompa rara
Su fama de opulenta Ciudad sin Noche.

Con las fúnebres cocas de sus tocados,
Con sus sueltos kimonos y obis bordados,
Con sus pálidos rostros y cejas finas,
A modo de muñecas en sus vitrinas
Están las cortesanas en sus estrados.

Cerezo, Crisantema, Tortuga, Nieve,
Dentro de sus prisiones de reja leve
Y frente á sus jibachis de laca oscura
Fuman con desenfado su pipa breve
Esperando á devotos de su hermosura.

Rutilan los dorados, y peregrinos
Kakemonos y cuadros en rasgos chinos
A los transeuntes dicen galantes lemas:
"Su frescura me dieron las crisantemas,"
O "Mis encantos duran como los pinos."

El pitillo en la boca, torvos nipones
Entregan á la brisa nevadas plumas,
Y en el espacio flotan jocundos sones
De broncos chamisenes y de canciones,
De discordantes guetas y de kurumas.

Mas del vértigo pronto siento el suplicio,
En loco torbellino de ciega furia
A mi oído excitado llega el bullicio,
Y las teñidas bocas, flores de vicio,
Rebosan del veneno de la lujuria.

Y marchan, marchan, marchan mis pies errantes;
Mas doquiera hay pupilas de ardientes brillos,
Descefiidos kimonos, mustios semblantes
Y brunas cabelleras alucinantes
Que traspasan peinetas como cuchillos.

Me asfixio en este infierno de gozo insano,
El chamisén me irrita con sus querellas,
No quiero ya más luces ni lujo vano,
Y al fin cuando á mi espalda dejo el pantano
Me alivia el ver los lirios de las estrellas.

Komako

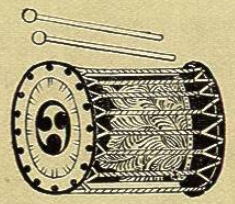
Tiene el extraño hechizo de esas siluetas
Que lucen en el campo de un kakemono,
Por los suaves matices de su kimono
Y la arcaica figura de sus peinetas.

Sus ojos son cual lagos de linfas quietas
Que se empañan apenas en su abandono,
Y cuando anda producen ríspido tono
Sus breves pies calzados con altas guetas.

Como rasgo de intensa tinta de china
Se destaca su ceja sesgada y fina
En su rostro de alburas de porcelana,

Y causa irresistible de encantamiento,
Brilla en sus labios frescos cual la mañana
La sonrisa en continuo florecimento.

Tamako



BIBLIOTECA ORSINA

Tamako

I

Ya el apacible octubre con su pincel suntuoso
Tiñó los viejos arces de tonos escarlata,
La tarde está serena, la brisa está en reposo
Y una remota nube finge un tapiz de plata.

Corrillos de muchachos alegres, -belcebúes
Vestidos de kimono,- recorren los cercados,
Y esgrimen sus flexibles y pérfidos bambúes
A caza de libélulas de dorsos esmaltados.

Allá en el horizonte, detrás de tuerta rama
De sempiterno pino, como en costosa tela
De sin rival bordado campea el Fujiyama,
Y en el espacio un cuervo grazna á la par que vuela.

La sombra poco á poco tiende su malla obscura,
Y cuando ya ha cubierto con velo funerario
Los árboles y el verde jardín de miniatura
Encuéntrame en mi estudio silente y solitario.

Una canción muy triste, que entonan muchas voces
En el cuartel cercano, suena como un gemido
De selva, cual la cuita que exhalan las veloces
Olas del mar acerbo cuando se ve afligido.

A esta hora siento que me barrenan vagas
Ansias de amor y lucha, que me lancinan hojas
De tristes remembranzas, que me atraviesan dagas
De duelos y me punzan espinas de congojas.

A la implacable ausencia forzoso es que sucumba,
Y manos que yo quise despliegan mi mortaja,
Con delincuente celo cavan mi fría tumba
Y con culpable ahinco sellan mi negra caja.

Y ella tambien me entierra, ¡oh arcángel fementido!
No obstante sus lamentos y lágrimas de histeria;
Tan solo tú, que sufres del crimen de mi olvido,
¡Oh madre mia! sabes y sientes mi miseria.

Los cárabos malditos, graznando en los pinares
Aumentan de la noche la lóbrega pavura,
Y aunque he cruzado muchos y procelosos mares
Me espanto del abismo sin fin de mi amargura.

BIBLIA ALFONSINA

II

En la jocunda calle suenan las francas risas
De niños que retozan, se arrastran las carretas,
Se siguen los kurumas, florecen las sonrisas
De las musmés que marchan con sus sonantes guetas.

Linternas mortecinas alumbran los dinteles,
Y un chamisén lejano destila en mis oídos
Acordes de cadencias metálicas y crueles
Y lúgubres arpegios iguales á gemidos.

Al femenil reclamo del ríspido instrumento
Mi espíritu que ataba la angustia con sus lazos
De trances voluptuosos se estremeció sediento
Y ansió el celeste asilo de unos amantes brazos.

Junto al jibachi arcaico percibo la fragancia
Del familiar brevaje que la nesán me vierte,
Y mientras Matsu y Tama penetran en la estancia
Paso en redor los ojos: en un rincón se advierte

Un biombo de dos hojas cubierto de poemas
En bello jiragana; donaire del estrado
Cuelga un korín, y un ramo de flavas crisantemas
Resalta en un florero de bronce patinado.

Asoman Pino y Perla, graciosas criaturas,
Y mientras la una tañe ritmando un dulce canto,
La otra mima un baile de exóticas posturas,
Canción, música y baile llenándome de encanto.

Suena la voz meliflua que sigue la guitarra
Y danza la silueta menuda y vaporosa,
Cual canta en el verano la ríspida cigarra,
Como entre flores gira joyante mariposa.

Ya de la guesha breve cesaron las canciones
Y la adorable oshaku sola á mi lado queda;
Sus manos, dos pequeños y cándidos pichones,
Por su sin par tersura compiten con la seda.

Los lirios de su cuello con mis caricias quemo,
Medrosas del deliquio se esconden sus pupilas,
Y oyendo sus dichosos latidos remo, remo,
En un leteo de aguas profundas y tranquilas.

CAPILLA ALFONSINA
ESTARIA

III

Herido por las flechas de insólita tortura
Fué en cada triste hora mi mágico anodino,
Y cuando fuí á su lado sediento de ternura
Hallé su pecho lleno del delicioso vino.

Olvido destilaban sus ojos almendrados,
Y de sus breves labios nevaban las sonrisas
Igual que de los bellos cerezos encarnados
Las flores cuando pasan las juguetonas brisas.

Por sus pulidas formas de nácar transparente
Vagaron mis caricias en lenta caravana,
Sus gracias me insinuaron el misterioso Oriente
Y preso entre sus brazos me imaginé el nirvana.

Amé el Japón entonces y sus heroicos hechos,
Sus samurayes bravos y artistas peregrinos,
Sus gráciles pagodas de arremangados techos
Y sus sombrosos parques de inmarcesibles pinos.

Crecían diaramante mis gozos exquisitos,
Y en mi confiado pecho las bandas de ilusiones
Lanzaban sin reposo sus dulces gorgoritos
Como en las quietas frondas los gárrulos gorriones.

IV

El barbiníveo invierno de frígido cayado
Secó las crisantemas con su glacial aliento
Y la porfiada lluvia repite en el tejado
Su familiar sonido que causa aburrimiento.

No más torturas forjo cuando me envuelve la onda
De las memorias, siento quizá, melancolías,
Pues sé por experiencia que la pasión más honda
La borra poco á poco la vuelta de los días.

De guetas y kurumas oigo el rumor lejano,
Y al resplandor incierto de una linterna miro
Un celadón que baña la luz y un pino enano
Que se retrata encima del muro de papiro.

Para el letal fastidio no hallo ningún remedio;
El Buda que medita me deja indiferente,
Los libros me exasperan, y víctima del tedio
También, mi gato hila, hila continuamente.

En el follaje donde la sombra los escuda
Los cuervos me impacientan con su áspero graznido,
Y sin cesar la lluvia tediosa, testaruda,
Sobre las tejas brinca con importuno ruido.

La forma de un liviano kuruma que me intriga
Más cerca, más distinto, más bullicioso rueda,
Y abriendo el karakami entra mi dulce amiga
Sus mangas agitando como élitros de seda.

Con mimo se acurruca sobre mi pecho amante,
Me dice mil ternuras con sus miradas hondas,
Y cuando nos despierta la luz del sol radiante
Gorjean los traviesos gorriones en las frondas.

BIBLIA ALFONSINA
CASTALIA

V

Discreta, sonriente, menuda, vaporosa,
Vestida de kimonos ligeros como espumas,
Va y viene por mi estudio como una mariposa,
Va y viene como un ave de abrillantadas plumas.

En el diván mullido sembrado de cigüeñas,
De sus oblicuos ojos columbro en los confines
Bandadas de dulzuras que pasan zahareñas
Cual ciervos en la fresca quietud de los jardines.

Entre mis manos guardo su mano alabastrina
Suave como el buche de cándida paloma,
Y porrumpiendo en música de risa cristalina
Me inicia en los misterios profundos de su idioma.

La nieve suelta, suelta sus inviolados hopos
Que linos impecables extienden en los cielos,
Y lucen níveas flores, como menudos copos
Mostrando sus ramajes sin hojas los ciruelos.

Los techos aparecen en mármol convertidos,
Las frondas se azucaran, se escarchan los cristales,
Y el silencioso parque se cubre de mullidos
Tapetes como pieles de osos boreales.

El péndulo entretanto me urge que me vista
Para un sarao tocando su pertinaz redoble,
Y á mi pesar me pongo la cinta de batista,
El nítido chaleco, el frac luctuoso y noble.

A la verdad me duele dejar el nido grato
Del que mi amada aleja fastidio y pesadumbre,
Y donde deseoso de más calor, mi gato
No obstante su pelliza se sienta ante la lumbre.

BIBLIOTECA ALFONSINA
UNIVERSITARIA

VI

Reinaron los cerezos prendiendo en los jardines
El rosicler hermoso de sus ligeras flores,
Mintiendo el diluido carmín de esos confines
En que la aurora pone sus prístinos fulgores.

Sus pétalos lanzaron en raudo torbellino
Los árboles airosos que envidian los rosales,
Igual que si un espeso boscaje submarino
Se despojara súbito de todos sus corales.

Fué corta sin embargo la alegre primavera,
Y se agostó en los parques la pompa encarnadina,
¿Por qué como la aurora la dicha es pasajera
E inconsistente el gozo cual nube peregrina?

-Yo partiré contigo, suspira con dulzura
Sin que no más sonrían sus labios hechiceros,
Y al releer la carta que causa mi amargura
Crascitan en la sombra los cuervos agoreros.

Mi madre idolatrada sufre mortal dolencia,
Reza el papel nefasto, y un cruel remordimiento
Por mi culpable olvido se hinca en mi conciencia
Rasgando y lacerando como un puñal sangriento.

-Quiero marchar contigo, me dice á toda hora
En tanto que preparo la rápida partida,
Y es suave como un bálsamo la voz consoladora
Del sér que en la lejana isla endulzó mi vida.

¡Que si vendrá conmigo! y acaricié la vana
Resolución que había poco después proscrito;
La llevaré como una preciosa porcelana,
Como una laca espléndida, como un netské exquisito.

-Pero si no habla lenguas, sugiere mi egoísmo,
Y prosiguió arguyendo con inflexible tono:
Hay entre nuestras almas un insondable abismo
Y allá en el occidente disuena su kimono.

A todos mis amigos dije un adiós postrero
En la estación, y cuando mirando las señales
De sus pañuelos blancos movía mi sombrero
El tren partía en medio de verdes arrozales.

¿Y Tama? cuando á bordo miréla á mediodía
Sus ojos me pincharon cual dardos de tristeza;
-Ahora es imposible llevarte, aunque querría,
Y doblegó con mudo quebranto la cabeza.

-Recuérdame, no hay nada más triste que el olvido;
Pero sonríe, vamos, déjame ver tu cara;
Enséñame tus ojos; el último tañido;
Regresaré muy pronto, muy pronto, ¡sayonara!

Ya silba la sirena, ya la cortante quilla
Divide de las aguas la superficie quieta,
E inmóvil, silenciosa, de pie en la incierta orilla
Se esfuma poco á poco su trágica silueta.

Entonces surge el grito de mi pasión bravia;
Pero la invoco en balde, pero suspiro en vano,
Porque entre mí y la dulce criatura que fué mía
Se extiende el infinito salobre del oceano.